

POLITICA Y ESPIRITU

Nº
89

SUMARIO

DERROTA Y CAMINO

¿HASTA DONDE SE PUEDE PACTAR CON LA ARGENTINA DE PERON? El nacionalismo argentino. — De Secretario del GOU a Presidente. — Los tres puntales del peronismo. — ¿Qué es el justicialismo? — ¿Qué hay detrás del justicialismo? — Las realizaciones del peronismo. — El Pacto Económico Chileno-Argentino.

EL VALOR GEOPOLITICO DE LA POSICION ANTARTICA DE CHILE, por el General (R.) *Ramón Cañas Montalva*.

POLITICA NACIONAL: El resultado de las elecciones. — Causas y consecuencias. — Peligros y posibilidades.

POLITICA INTERNACIONAL: Luto y reorganización en el Kremlin. — La paz y la guerra: palabras y hechos. — Acometida en el Lejano Oriente.

LOS LIBROS: "Román Calvo, el Sherlock Holmes chileno" de *Alberto Edwards*.

AÑO
IX

3968

1.º de ABRIL de 1953

— NOVEDADES Y REPOSICIONES —

Daniel Riquelme: <i>Bajo la Tien- da</i>	\$ 180	Graham Greene: <i>El Poder y la Gloria</i>	240
Marcela Paz: <i>Papelucho</i>	130	Jacques Madaule: <i>Graham Gree- ne</i>	320
Gilbert Cesbron: <i>Los Santos van al Infierno</i>	250	Francois Mauriac: <i>De Pascal a Graham Greene</i>	220
Marcelo Martínez Candia: <i>Ni Marxismo ni Liberalismo: So- cial-Cristianismo</i>	160	Vasco Pratolini: <i>Crónica de mi familia</i>	180
Fidel Aranedá B.: <i>Don Crescente</i>	350	Michael Burt: <i>El caso de la jo- ven alocada</i>	120
Zlatko Brncic: <i>Angela triste</i>	150	Michael Burt: <i>El caso de las trompetas celestiales</i>	120
Aldo Torres: <i>Memoria Perma- nente</i> (poemas)	80	Giovanni Guareschi: <i>Un marido en el Colegio</i>	200
Raquel Jorodowsky: <i>Aposento y Epoca</i> (poemas)	45	Id.: <i>Don Camilo</i>	220
Carlos Sabat Ercaasty: <i>Poemas del Hombre, Libro del Mar</i>	80	Jules Romain: <i>Verdún</i> , T. 16 de "Los Hombres de Buena Vo- luntad"	200
Luis Oyarzún: <i>Ver</i>	70	Kafka: <i>La Metamorfosis</i>	70
Salvador Reyes: <i>Ruta de Sangre</i>	140	Id.: <i>América</i>	180
Eugenio García Díaz: <i>Las cenizas olvidadas</i>	50	Nicolás Guillén: <i>El Son entero</i>	60
Carlos René Correa: <i>Comienza la Luz</i>	100	Walt Whitman: <i>Canto a mi mis- mo</i>	60
Victorio Pescio: <i>La Vecindad</i>	100	Jean Anouilh: <i>Teatro</i> , Tomo II	220
Felipe Herrera: <i>Manual de Polí- tica Económica</i> , 2 tomos	560	José Ferrater Mora: <i>Diccionario de Filosofía</i> , 3ª edición	1.500
Manuel Matus: <i>Finanzas Públi- cas</i>	350	J. Casaldueiro: <i>Sentido y forma del Teatro de Cervantes</i>	300
Michel Gordey: <i>Pasaporte para Moscú</i>	320	Rudyard Kipling: <i>Nuevos Cuen- tos de las Colinas</i>	150
Paul Claudel y André Gide: <i>Co- rrespondencia</i>	400	Aldous Huxley: <i>Los escándalos de Crome</i>	120
Helen B. Clapesattle: <i>La Clínica de los Doctores Mayo</i>	320	A. J. Cronin: <i>Aventuras en dos mundos</i>	320
Paul de Kruif: <i>Vida entre médi- cos</i>	440	Id.: <i>Tres amores</i>	300
Fco. García Lorca: <i>Ángel Gani- vet, su idea del hombre</i>	280	Thor Heyerdahl: <i>Kon-Tiki</i> , 3ª edición	260
Harold Lamb: <i>Historia de las Cruzadas</i> , 2 tomos	750	Richard Hillary: <i>El último ene- migo</i>	170
J. B. Priestley: <i>Festival</i>	260	Fritz Künkel: <i>El Consejo Psico- lógico</i>	375
Pearl S. Buck: <i>La buena tierra</i>	200	G. Duhamel: <i>Confesión de Me- dianoche</i>	100
Id. <i>Hijos</i>	200	Id.: <i>Diario de Salavin</i>	100
B. Cederholm y B. Söderlund: <i>Doce Lecciones de Sueco</i>	235	Id.: <i>El Club de los Lyoneses</i>	100
Upton Sinclair: <i>Misión Presiden- cial</i>	350		

LIBRERIA DEL PACIFICO

Ahumada 57 — Teléfono 89166 — Casilla 3126 — Santiago.

DESPACHOS CONTRA REEMBOLSO DESDE UN LIBRO

POLITICA Y ESPIRITU

— Los hechos y las ideas —

REVISTA QUINCENAL

Año IX N° 89
1º de Abril de 1953

INDICE

Derrota y camino	1
¿Hasta dónde se puede pactar con la Argentina de Perón?...	3
El valor geopolítico de la posición Antártica de Chile, por el Gral. (R.) Ramón Cañás Montalva	21
Política Nacional	25
Política Internacional	28
Los Libros	32



REDACCION - ADMINISTRACION
Ahumada 57, Tel. 85011, Casilla 3126
Santiago de Chile

DIRECTOR:
Andrés Santa Cruz Serrano

SUBDIRECTOR:
Alejandro Magnet Pagueguy

REDACTOR-JEFE:
Jaime Castillo Velasco



Valor de la suscripción a 24 números: Chile, \$ 330.— Extranjero: US\$ 3.50.— Las suscripciones deben solicitarse a EDITORIAL DEL PACIFICO S. A., Casilla 3126.—Santiago de Chile. Impreso en Talleres de la Editorial Del Pacífico S. A.,
— San Francisco 116 —

DERROTA Y CAMINO

En cierta forma en la última elección el gran derrotado es el social-cristianismo como posibilidad política en Chile. Ignorarlo sería cerrar los ojos ante la realidad y tal procedimiento nunca ha conducido a nada útil.

Esto no significa que el triunfo haya sido de la derecha. La verdad es que se ha demostrado una vez más que ella puede ser fuerte, pero sólo con la fortaleza de un bastión que defiende las extremas posiciones, sin esperanza alguna de constituir para el futuro un cauce o una posibilidad de reemplazo de lo existente.

Igual derrota ha sufrido el comunismo que se ha demostrado en quiebra política, sin acogida electoral, ni amparo en la masa popular, lo que podría parecer desconcertante.

Las fuerzas electorales se han vaciado en una apreciable proporción hacia los grupos políticos que triunfaron con el señor Ibáñez y que se sirvieron de su nombre para obtener buenas colocaciones parlamentarias. Eso constituyó su fuerza y también constituye en el porvenir su debilidad.

Lo ocurrido al social cristianismo debe ser objeto de reflexión, porque no teniendo las trabas de la Derecha, ni las resistencias que despierta el comunismo, ha visto derrumbarse totalmente la representación parlamentaria del Partido Conservador Social-cristiano y mantenerse apenas la falangista.

Podría alegarse que ésta es la consecuencia de haber participado en el Gobierno y haber apoyado al radicalismo en la última elección parlamentaria; pero se olvida que los comunistas tuvieron candidato propio y fueron los perseguidos del anterior régimen y la Derecha sostuvo una gran batalla llevando a un hombre destacado y por muchos conceptos el mejor representante que podría exhibir ante el país.

No era, pues, razonable ni justo que los conservadores social cristianos obtuvieran tan baja representación y que la Falange Nacional no aumentara sustancialmente la suya.

¿Qué hacer frente a esta situación? Volver a encerrarse en la posición de extrema derecha sería condenar al social-cristianismo a la derrota y a la asfixia. Todo el sentido que puede tener es precisamente llegar hasta la clase media y el pueblo como una doctrina y como una acción política capaz de interpretar sus anhelos legítimos

y dar expresión a los cambios fundamentales que el mundo del trabajo impulsa en la Humanidad entera. Colaborar con los comunistas en una posición de extrema izquierda, nos parece imposible para quienes inspirados por el ideal cristiano, ven una oposición fundamental entre ambas concepciones, en su finalidad, métodos y realizaciones.

Sin embargo hay un camino y los hechos lo están señalando. El social-cristianismo, derrotado en los partidos que lo sostienen en las elecciones presidenciales; magullado por una difícil etapa de Gobierno; dividido y anarquizado en grupos y partidos; manoseado por todos los que levantan esta doctrina sin entenderla ni profundizarla y a veces solo como una expresión de sentimientos difusos, a los cuales no aportan ni capacidad, ni técnica, logró más de ochenta mil votos.

En una hora crucial, el país no vió al social cristianismo unido ni claro ni fuerte. Por el contrario, lo vió confuso, contradictorio y dividido, disputándose la misma bandera y los mismos electores, repartido en diversas listas y muchas veces combatiéndose entre sí. Y sin embargo, una inmensa cantidad de hombres y mujeres, a pesar de todo le expresaron en diversas formas su adhesión.

Analizar el problema buscando culpables, sería suicida; guardar resentimientos mutuos, funesto. Es fácil ver después de las batallas y para qué buscar culpables, cuando a veces la responsabilidad es de todos. Así solo se lograría perder las últimas probabilidades y entrar por un camino que el país no comprendería y que incluso condenaría.

Hay en todo esto una sola cosa vital que queda en pie.

Frente a la desorientación, al desgaste y a la incompetencia, el pueblo seguirá buscando mañana su verdadera expresión. ¿Quién recogerá su inquietud? ¿Qué fuerza estará presente? Hay una sola cosa clara; si continuamos por este camino no seremos nosotros los social cristianos.

Pero si acaso somos superiores a nuestras pequeñas pasiones; si tenemos una visión nacional y no partidista, debemos abrirnos a esta realidad, juntarnos limpiamente, de cara al país entero, para formar una gran fuerza que supere nuestras limitaciones y por su propio impulso arrastre muchas debilidades.

Puede que esto sea aun peligroso, que haya en su seno muchos elementos aun no madurados y grupos incapaces del riesgo; pero esta es la forma de terminar con esta disputa insensata; con esta debilidad congénita y darle al social-cristianismo, no un rostro de capillas intelectuales, sino un contenido a la vez doctrinario y nacional.

Los tiempos no son para satisfacciones parciales ni para defender sutilezas. El país requiere grandes fuerzas capaces de defender elementos esenciales de dignidad ciudadana, de creación de nuevos horizontes y de resistencia a peligros latentes en los cuales bien puede perderse lo fundamental, por estar discutiendo lo accesorio.

Los que hemos adherido a través de una vida a estas ideas, sabemos que ellas se confirman cada día. Los que hemos sostenido esta filosofía, la sentimos cada vez más hondamente, porque frente a todas las dialécticas convencionales nos ha dado el alimento del alma. Los fracasos electorales no pueden ni siquiera rozar nuestra fe.

Pero tenemos el deber, patriótico, nacional, cristiano, de buscarles los mejores instrumentos políticos para su difusión, porque sabemos que ellas constituyen la única garantía de libertad, la única esperanza de redención popular y humana.

Esta posición nos exige mirar por encima de barreras partidistas, por muy ligados que estemos por recuerdos y afectos y preparar un gran cauce para este movimiento que sigue latente, esperando se le depare su verdadero horizonte.

Esa es la forma de servir las ideas y servir a Chile.

E. F. M.

¿HASTA DONDE SE PUEDE PACTAR CON LA ARGENTINA DE PERÓN?

El presente artículo ha sido escrito por los redactores de POLITICA Y ESPIRITU sobre la base de datos y documentos contenidos en diversas publicaciones y de informes obtenidos directamente.

El tratado de Unión Económica chileno-argentina, que ha comenzado a gestarse con el viaje a este país del presidente Perón, se forma, por desgracia, dentro de un "clima" político y psicológico poco favorable para su nacimiento normal y su viabilidad. A pesar de todas las frases declamatorias, que son de rigor, sobre la trascendencia histórica del paso dado, tanto el gobierno chileno como el argentino han acumulado los errores en su camino, haciendo peligrar, en aras de ventajas inmediatas, el éxito duradero, y aún el inicial, de la obra que han emprendido. Para anotarse un "golpe" de propaganda, el gobierno chileno cometió el error —poco remunerativo, como los hechos lo han demostrado— de invitar al presidente Perón escasos días antes de unas elecciones generales. Por otra parte, es evidente el carácter personalista que tiene el actual régimen político argentino y, torpemente, la propaganda oficial chilena, contagiada quizá, ha destacado también más que nada los aspectos personales del acercamiento Perón-Ibáñez, anterior, por cierto, a la ascensión de éste al poder. De este modo, lo que hubiera debido plantearse como un entendimiento chileno-argentino ha resultado más que nada una aproximación Perón-Ibáñez o Peronismo-Ibañismo. Esto significa fundar la obra emprendida sobre las bases más deleznales y transitorias, en forma de que un cambio político en cualquiera de los dos países pueda comprometer una obra que es de alcance mucho más vasto. En todo caso, semejante manera de plantear las cosas tiende a provocar innecesariamente resistencias o desconfianzas. El gobierno argentino parece haberse empeñado en aumentarlas al insistir en su propósito de dar a la Unión que

se estudia no sólo un alcance meramente económico sino un definido e inmediato carácter político. Además, a ambos lados de los Andes y más que nada en Argentina, la iniciativa de los dos gobiernos se ha rodeado de una propaganda eufórica y una especie de violencia verbal enderezadas a imprimir fuerza y velocidad a las negociaciones, dando por descontado su éxito y haciendo concebir las más halagüeñas esperanzas sobre los buenos resultados de éste. El general Perón ha llegado al extremo de afirmar ante el Parlamento de su país y con asistencia del embajador chileno que "ningún americano puede escribir contra estas uniones si no es un mercenario de los que tienen malas intenciones". Creemos que los buenos americanos deben, precisamente, encarar estos asuntos en su debida proyección histórica, sin apasionados apresuramientos, con la mayor objetividad. Dada la forma en que se han iniciado las negociaciones y en las actuales circunstancias argentinas, dar a la Unión que se proyecta, algún alcance político, sería fatal para el Tratado mismo, aún en sus aspectos económicos, y sólo podría conducir a un peligroso deterioro de las relaciones chileno-argentinas y a un retroceso funesto en el camino de la necesaria asociación de las dos naciones y de todo el continente latinoamericano. Es necesario que los chilenos conozcamos por lo menos algunos aspectos de la actual realidad argentina para evitar optimismos fáciles y no caer en el peligroso error de fundar sobre transitorias circunstancias políticas un acercamiento que si no es firme y profundo o circunscrito a un terreno limitado será sólo causa de dificultades.

EL NACIONALISMO ARGENTINO

Uno de los caracteres más acusados de Argentina —no sólo de la Argentina de hoy sino del ser histórico argentino— es, evidentemente, el nacionalismo. La historia y la geografía han contribuido a formarlo y desarrollarlo, dentro de un proceso evolutivo que no deja de ofrecer complejidades y paradojas.

Keyserling ha anotado agudamente que "la orientación hacia la tierra de la humanidad pertene-

ciente a la civilización hispana" hizo que los pobladores de las distintas provincias de Hispanoamérica "no tardaran en diferenciarse anímicamente como reflejos directos de la peculiaridad del paisaje en que vivían". El gaucho argentino, hombre de la tierra, en el centro de pampas inmensas no parece haber escapado a la ley que ha hecho también nacionalistas instintivos, recelosos, aislados, al norteamericano o al ruso de las grandes

llanuras. La historia le ayudó en eso. Argentina ha sido, sin duda, el país americano que más ha tenido que defenderse de los extranjeros en el curso de su historia. El virreinato del Plata nació, precisamente, como organización defensiva frente a los portugueses del Brasil que querían tener acceso al gran río. Luego, aún antes de la Independencia, en 1806, vino la invasión inglesa, que fué sangrienta. La Independencia misma fué para los argentinos relativamente fácil y después del 25 de Mayo de 1810 nunca Buenos Aires volvió a ser ocupada por fuerzas invasoras. Después, el triunfo de Rosas significó el del gaucho sobre la civilización ciudadana de Buenos Aires y, al mismo tiempo, la estabilización del caudillismo. A Rosas le tocó hacer frente al largo bloqueo anglo-francés en el Plata y dictar toda una legislación de represalias. Y la sombra de Rosas está quizá más viva en Argentina que la de Portales en Chile.

Lo que era nacionalismo instintivo y espontáneo se transformó en deliberado instrumento cuando oleada tras oleada de inmigrantes comenzó a llegar a la Argentina. Un país de 8 millones de habitantes, de los cuales más de dos millones son extranjeros, como era la Argentina de 1914, estaba quizá forzado a enseñar el nacionalismo en las escuelas y a hacer que todos los niños formaran en el patio para el izamiento de la bandera, cada mañana antes de entrar a clases, a aprender las incomparables excelencias de la patria argentina, que no era, por cierto, la de los padres de centenares de miles de esos alumnos. (*) Este cultivo sistemático del nacionalismo llevó muy pronto a cierta pérdida del sentido de las proporciones. Un escritor español ha contado donosamente su pasmo de cuando vió, muchacho apenas, recién desembarcado en Buenos Aires, un grueso volumen que había en el escaparate de una librería y que se llamaba **Historia de la Civilización Argentina**. Ricardo Rojas, uno de los apóstoles de la "argentinidad" ha dedicado ocho gruesos volúmenes a la sola **Historia de la Literatura Argentina...**

Este nacionalismo, elucubrado ya conscientemente a partir de las últimas décadas del mil ochocientos, era de corte liberal y aristocrático, de buen todo. Resulta irónico ahora que uno de sus órganos más destacados fuese **La Prensa** de Buenos Aires, desde donde don Estanislao Zeballos movía una activa campaña antichilena, descubriendo problemas en el canal de Beagle.

El nacionalismo consciente se incorporó al acervo ideológico de las clases medias con el radica-

(*) 323.403 europeos llegaron a la Argentina en 1912.

lismo de Irigoyen, que, en su hora, fué un caudillo poderoso. El pueblo mismo permanecía más bien al margen de este movimiento, como estaba al margen del movimiento político general, absorbido por el prodigioso desarrollo económico del país. Hasta 1930, año de la crisis mundial, la Argentina era un país casi exclusivamente agrícola, con sólo pequeños núcleos de incipiente proletariado urbano, y en disfrute de una vida cómoda y fácil. Como para tantos países latinoamericanos, la gran depresión mundial de 1930-31 marcó un **lournant** para la Argentina.

El nacionalismo argentino se ha proyectado siempre en el plano internacional a través de un receloso aislamiento. Cuando en 1810 todos los flamantes gobiernos hispanoamericanos no hablaban sino de unión, ya Mariano Moreno, "apoderado de los labradores del Plata", afirmaba que no descubría un solo título por donde esos países debían continuar unidos una vez desaparecida la autoridad española. (**) Y si San Martín se retiró ante Bolívar en el Perú, el gobierno de Buenos Aires miró en todo momento con profunda desconfianza los planes confederativos del Libertador, que Mitre ha calificado como una "tentativa de la revolución colombiana dilatada de unificar artificialmente las colonias emancipadas según un plan absorbente y monocrático, en pugna con el nuevo derecho de gentes inaugurado por la revolución argentina" (**). La revolución argentina sería, pues, la que habría dado su sentido a la emancipación americana.

Durante todo el siglo XIX Argentina mantuvo la misma actitud frente a todos los intentos asociacionistas de las naciones hispanoamericanas. En la Primera Conferencia Panamericana, Sáenz Peña se levantó para poner a su país frente a frente a los Estados Unidos, con una fórmula claramente antimonroísta, marcando así para las sucesivas conferencias panamericanas la línea diplomática de su país, que es, sin duda, el que menos tratados o convenciones panamericanas, de toda clase, ha ratificado. Quizás Argentina sea el único país americano en donde ha habido parlamentos que se hayan gloriado de no haber ratificado ningún pacto internacional durante todo el período para el cual fueron elegidos. Es así, como encastillada en su celoso nacionalismo, la Cancillería argentina se ha acostumbrado a afirmar sus

(**) Mariano Moreno: Artículo de prensa publicado en Buenos Aires el 28 de Noviembre de 1810.

(***) Bartolomé Mitre; "Historia de San Martín y de la Emancipación Sudamericana", tomo I, página 8.

puntos de vista, sin negociar; a imponerlos, de serle posible, pero no a transar, actitud, por lo demás, idéntica en el fondo, a la línea del Departamento de Estado, por lo menos en toda una etapa de la historia norteamericana. Y ello contribuye a explicar el casi permanente antagonismo de los dos países.

Fueron estos elementos, pues, —nacionalismo, tendencia al predominio aislacionista, creencia en una misión propia y un papel de guía en América Española— los que Perón encontró ya dados en la

historia argentina cuando asumió el poder. Su diplomacia no ha hecho sino utilizarlos, revistiéndolos a veces de formas nuevas o extremas, más acordes con los tiempos o las circunstancias. Pero la existencia de esas características históricas es un hecho más bien desalentador para una aproximación chileno-argentina en un pie de estricta igualdad. En todo caso, un hecho que hay que tener en cuenta, cárguesele o no a la cuenta del régimen peronista.

DE SECRETARIO DEL GOU. A PRESIDENTE

En 1943 se produjo la revolución militar encabezada por el general Rawson contra el vicepresidente Castillo. Rawson duró tres días en el poder y fué reemplazado por su ministro de Guerra, el general Pedro Ramírez. Este se mantuvo desde Junio de 1943 hasta Febrero de 1944, fecha en que su propio Ministro de Guerra, el general Farrell, lo reemplazó. Fué Farrell el que entregó la presidencia de la República a su ministro de Guerra, el general Perón. La novedad en todo esto es que no fué tanto el general Perón quien asumió el mando, en 1946, sino Perón el líder, el Secretario de Trabajo y Previsión Social, aquél que había sido liberado de Martín García por la presión de las masas porteñas lanzadas a la calle por una mujer: Evita Duarte.

Perón había seguido una carrera trazada por un indudable genio político. Había asumido los cargos difíciles, a los cuales la mentalidad militar era refractaria o cuya importancia no comprendía. De Secretario del GOU (Grupo de Oficiales Unidos) pasó a ocupar la Secretaría de Trabajo y Previsión Social, que era una simple oficina dependiente de un Ministerio. Desde allí advirtió algo que los elegantes generales Rawson y Ramírez, miembros del Jockey Club, y los nacionalistas oligarcas del corte de Paz, Ruiz Guiñazú, Larena, Díaz de Vivar y Carlos Ibarguren —el pontífice del grupo— no habían percibido: que el pueblo estaba dejado de mano. Argentina ya no era el país puramente agrario que fuera, durante siglos, y su proletariado buscaba un mínimo de justicia y algo en qué creer. Perón comenzó a hacer demagogia y a conquistar a las masas. El movimiento comenzó a crecer desde Buenos Aires. Los elementos conservadores instalados en el gobierno estaban completamente desprestigiados ante el pueblo por su corrupción administrativa, su sumisión al capitalismo inglés y su política de restricción de las libertades públicas. Los radicales,

que fueran derribados del poder por Uriburu, también habían perdido la confianza popular por la corrupción desarrollada durante su gobierno. No había en Argentina ningún partido de masas capaces de arrastrar a la gran mayoría de los desorientados argentinos. El nacionalismo argentino no podía hacerlo, por tratarse de círculos intelectuales selectos o elementos puramente militares, o del nacionalismo instalado en el gobierno, complaciente con el capitalismo británico, y reaccionario en el terreno social. Semejante situación fué aprovechada hábilmente por Perón, que pudo utilizar la espontánea reacción antibritánica y antiyanqui del pueblo y la germanofilia del ejército y los círculos nacionalistas, para los cuales su formación en Italia y su inspiración en los modelos alemanes (*) eran suficiente garantía, Perón pudo aprovechar aún de un inesperado apoyo: el de Spruille Braden. Fué así cómo pudo presentar al electorado argentino el fácil dilema de **¡Braden o Perón!** —“Si Braden no hubiese existido —ha confesado Perón más tarde, en la intimidad— habría tenido que inventarlo. Sin él no hubiese sido Presidente. Aún ahora me sirve; no me falla nunca. Cada vez que tengo dificultades le pego un papirote desde acá, de Buenos Aires, y el tonto salta inmediatamente en los Estados Unidos. No me falla nunca...”

Pero, por sobre todo, Perón reveló insospechadas cualidades de demagogo, de conductor de masas. En este aspecto es, sin duda, uno de los más notables del siglo. No sólo tiene el instinto político, la prestancia física, la simpatía personal, la oratoria fácil, la voz agradable, sino también una preparación metódica: brillante oficial de Estado Mayor, profesor de Historia durante diez años en

(*) Cuando Perón fué agregado militar en Chile dió para los oficiales del Estado Mayor chileno varias conferencias tomando siempre como modelos las experiencias militares alemanas.

la Academia Militar, pidió especialmente ser designado Agregado Militar en Italia, en donde pudo estudiar las técnicas de la organización fascista. A semejante hombre, el destino no contento con depararle un Spruille Braden, le puso también en el camino, de compañera, una mujer absolutamente excepcional, irremplazable en toda una etapa de su carrera política. Este líder, demagogo sin escrúpulos, tenía que triunfar y triunfó. Ni la oligarquía argentina con sus vastas vinculaciones e influencias, ni el partido radical desprestigia-

do, ni el partido conservador sólo un núcleo regional en Córdoba, o el socialista, reducido a Buenos Aires, podían oponérsele. Es así cómo Perón ha logrado hacer realmente una revolución, pero, por la misma lógica interna del movimiento que ha desencadenado, no ha podido darle una estructura sólida. Al cabo de siete años de peronismo, el régimen es tan inseguro como en sus primeros días, y se encuentra igualmente expuesto a un accidente...

LOS TRES PUNTALES DEL PERONISMO

El actual régimen político argentino se apoya en tres elementos organizados: las Fuerzas Armadas, la Confederación General del Trabajo y el Partido Peronista con sus dos ramas: masculina y femenina.

Las Fuerzas Armadas y el régimen peronista

Perón, como se ha visto, no surgió en la vida política argentina como jefe propiamente militar sino como conductor de masas. Fueron los "descamisados" porteños los que lo sacaron de la prisión militar de Martín García y lo afirmaron en el poder, mientras él, como Ministro de Previsión y Asistencia Social consolidaba con medidas legales las bases de su popularidad (Aguinaldo de Pascua, salario mínimo agrícola, etc.). En cierto modo, Perón era un fenómeno insólito dentro del Ejército argentino, fuertemente nacionalista pero sin ninguna preocupación social y cuidadoso no más del orden callejero y de la "disciplina" de la vida social. El treatal despliegue de masas y la presión de los organismos sindicales establecidos por Perón resultan más bien antipáticos a la mentalidad militar en general y al ejército argentino en particular, cuya plana mayor era, hasta hace poco al menos, de extracción aristocrática.

Si bien es cierto que Perón ha acordado fuertes aumentos de sueldos a los oficiales, cuya situación era muy desmedrada en este aspecto, se ha exagerado bastante el esfuerzo armamentista desplegado por el peronismo. Terminada la última guerra, el entonces dictador de las finanzas argentinas, Miguel Miranda, compró enormes cantidades de material de guerra excedente, pero la eficacia práctica de tal armamento es más que dudosa y no ha aumentado realmente la potencialidad bélica argentina. Esta se ve coartada por la falta del petróleo que es necesario para mover el armamento

moderno. La producción argentina es absolutamente insuficiente para el consumo interno y la escasez de dólares y la mala disposición de los EE. UU., por otro lado, dejan al país en una posición muy vulnerable a este respecto. No deja de ser significativo el hecho de que las grandes paradas militares, con ostentación de elementos motorizados, hayan sido precedidas de un mes de racionamiento de petróleo en todo el país.

Lo que sí alcanzó a dejarse establecida en los tiempos de Miranda y con la cooperación de técnicos europeos, fué una buena industria aeronáutica y de fabricación de municiones. El alemán Tank, que diseñaba aviones para Hitler hace ahora el mismo trabajo para Perón, y el famoso fabricante austriaco de municiones, Fritz Mandl, refugiado en Argentina, dirige una poderosa industria del mismo tipo, financiada con aportes fiscales y particulares. Pero este desarrollo también es muy vulnerable a un bloqueo o a un régimen de sanciones colectivas, en caso de que funcione el sistema interamericano, y funcionaría bajo la presión de los Estados Unidos. En efecto, Argentina tampoco dispone del cobre, el hierro, el estaño y demás materiales estratégicos indispensables a toda industria de armamentos y tendría que recurrir a sus poco abundantes reservas de chatarra o, al igual que en el petróleo, a la ayuda de Chile y Bolivia. La colaboración de estos dos países resulta así indispensable para dar algún respaldo a las ostentosas declaraciones de mantenimiento de una soberanía nacional absoluta y de una consecuente posición internacional de completa independencia. De este modo, los acuerdos económicos con Chile y Bolivia inciden profundamente en el desarrollo de una política internacional argentina concordante con la estatura que el peronismo ha querido dar al país en el concierto de las naciones.

Por otra parte, es un hecho reconocido que la conscripción argentina no ha aumentado en los últimos años, a pesar del despliegue militar y de la reestructuración de las fuerzas armadas con creación de nuevas divisiones y cuerpos de ejército. De todos modos, y para crear las bases indispensables a una mínima autarcía económica y militar a la vez, se ha dado un impulso considerable a la prospección minera del territorio, a cargo de una recién creada Subsecretaría de Minería. En verdad, no existe razón para creer que la cordillera de los Andes, tan rica en minerales en su vertiente occidental no los contenga en su costado del Oriente. Pero aplicada desde hace siglos a las labores agrícolas, la Argentina ha descuidado esta rama de la industria y carece de ese espíritu minero que existe en la vertiente del Pacífico y que es más difícil improvisar que las instalaciones mismas de las minas.

Pero el problema de mayor gravedad que se plantea con respecto a las fuerzas armadas de Argentina es de orden diferente. Hoy por hoy existe una grave tensión entre este necesario puntal del régimen y los otros dos: la Confederación de Trabajadores y el Partido Peronista.

Es sabido que fué la presión del Ejército la que determinó la dramática renuncia de Eva Perón a la candidatura a la Vicepresidencia de la Nación. El malestar ya se había hecho presente en varias oportunidades e incluso tuvo estallidos espectaculares, como cuando el comandante en jefe del Ejército argentino, se negó a hacer presentar armas en Campo de Mayo nada menos que al Presidente del Paraguay, señor Chaves, sólo porque éste llegaba acompañado de la esposa del Presidente de la República y generalísimo de las Fuerzas Armadas argentinas, que sancionó el desplante del general con ocho días de arresto.

Esa tensión ha sobrevivido a la señora Perón pues está en la naturaleza misma de las fuerzas que se contraponen. Precisamente durante el propio desarrollo de los funerales de Evita ocurrieron en Buenos Aires verdaderos combates callejeros entre destacamentos del Ejército y piquetes de los Trabajadores que quitaron las coronas colocadas por aquéllos para reemplazarlas por las propias. Y poco después, el comandante en jefe del Ejército se negó airadamente a recibir de manos del Presidente de la Confederación la condecoración que ésta la había otorgado.

Todos éstos son síntomas de mayor o menor importancia que revelan la profunda tensión subya-

cente entre las dos fuerzas básicas del peronismo y que tiene su origen en la ambición de cada cual por dominar exclusivamente el mecanismo del Estado. Las Fuerzas Armadas no han renunciado sin más a desempeñar un papel excluyente. La revuelta militar del 26 de Septiembre de 1951, que tuvo como causa inmediata la resistencia a las ambiciones de la señora Perón, estuvo a punto de terminar con el régimen. La inmensa mayoría de las Fuerzas Armadas había entrado en la conspiración, y ésta fracasó porque el general Menéndez adelantó el movimiento para aprovecharlo en su beneficio. El Presidente Perón, que debía ser apresado en Campo de Mayo, recibió aviso sólo en el último instante, de parte de elementos que, viendo fracasado el golpe, se prepararon la coartada. Las fuerzas de aviación destacadas en puntos alejados, como la de Mendoza, por ejemplo, se sublevaron en masa, creyendo que había llegado la hora, e igual pasó en la Marina.

El Gobierno movilizó de inmediato a las masas obreras y Perón anunció personalmente que todo rebelde cogido con las armas en la mano sería fusilado. El resultado final fué una purga a fondo de las Fuerzas Armadas. Centenares de oficiales, en especial los más influyentes, salieron de las filas y el gobierno extremó las medidas para controlar en toda forma la situación. Desde el 26 de Septiembre de 1951 y salvo por 24 horas para las últimas elecciones generales, —el 11 de Noviembre de 1951— rige en la República Argentina el estado de guerra, por el cual se suspenden el **habeas corpus** y todas las garantías individuales. La Marina, especialmente sospechosa al peronismo, no tiene en su poder ni tiros de fogeo y las fuerzas de gendarmería han sido retiradas del control del Ejército y puestas directamente bajo el mando del Ministerio del Interior. Al mismo tiempo se reforzó el control que ejerce la Policía de Estado sobre toda la vida de la nación.

Este endurecimiento del peronismo provocó a su vez un contragolpe. El complot del coronel Suárez, denunciado por un delator y abortado el 3 de Febrero de 1952, ya no buscaba el reemplazo del régimen sino como consecuencia de la "liquidación" del Presidente de la República, pieza maestra de todo el sistema.

El fallecimiento de la señora Perón ha tenido como consecuencia mejorar las relaciones del peronismo con las Fuerzas Armadas, pero la tensión subsiste como grave causa de inestabilidad del régimen.

La Confederación General de Trabajadores

El segundo puntal del régimen peronista es la Central Obrera Unica y Oficial denominada Confederación General del Trabajo.

Primero desde la Secretaría de Previsión y Asistencia Social, luego desde la Presidencia, y siempre con el apoyo inapreciable de su esposa, Perón fué construyendo una gigantesca máquina sindical en la que de grado o por fuerza se han integrado todas las organizaciones obreras de Argentina. Hay casos en que esa integración ha sido voluntaria y en que los representantes obreros son genuinos, designados por las bases. Pueden servir de ejemplo, los Empleados de Comercio, cuyo jefe era y es aún, el señor Borlenghi, actual ministro del Interior. Pero en la mayoría de los casos la Confederación de Trabajadores ha hecho ingresar por fuerza a su organización a antiguas entidades sindicales, como la de los obreros de Ferrocarriles, en que dominaban los socialistas, o la de los Trabajadores Marítimos, con fuerte influencia comunista, y a muchas otras que han recibido dirigentes impuestos desde arriba mediante la creación de sindicatos paralelos protegidos por el Gobierno. Se ha creado así una organización que el gobierno controla, exteriormente al menos, a través de personajes que son enteramente de su hechura, y de una estricta burocratización y reglamentación policial del mercado del trabajo. En esta forma se ha dado el caso realmente grotesco de la ascensión de Espejo, que fuera durante un tiempo el jefe todopoderoso (en apariencia) de la Confederación de Trabajadores y cuyo pasado sindical se resumía en el hecho de haber sido portero del edificio de departamentos en que Evita y Perón vivían antes de que éste fuera elegido Presidente.

Ese poder prestado permitió que, en un momento dado, Espejo fuese designado como chivo emisario del descontento popular y fulminantemente destituido de su cargo —el 18 de Octubre de 1952— luego que el público asistente a un estadio le manifestara su repudio con una estruendosa y sincera rechifla. Entonces, en reemplazo de Espejo se nombró a Vucetich, cuyo pasado de luchas sindicales se resumía en el hecho de haber sido... secretario de Espejo. (*)

(*) Las elecciones de la C. G. T. argentina se montan de manera que las apariencias democráticas queden salvadas. Para las últimas realizadas, Perón recibió en su casa a los dirigentes de la Confederación y les dijo un discurso poniendo de relieve la absoluta libertad con que se procedía en la vida sindical argentina, bajo el amparo del gobierno. Cada

El regimen peronista ha sido implacable con los hombres que son retirados de la circulación en cuanto han cumplido su papel o no se pliegan dócilmente a las directivas oficiales. El señor Miranda, dictador de las finanzas, una vez caído en desgracia y hasta su tardía rehabilitación no volvió a ser mencionado ni fotografiado en los diarios. Lo mismo ha sucedido con Mercante, el que un tiempo fuera el brazo derecho de Perón, aquél a quien éste llamaba "mi corazón". Hay casos en que se ha llegado a los extremos un tanto ridículos, pero en el fondo trágicos por el espíritu que revelan, a los cuales se recurre en la Unión Soviética: recortar hasta de las fotografías al personaje proscrito.

Pero lo realmente grave que ocurre en el seno de la Confederación de Trabajadores es de más alcance que el que ponen de relieve estos episodios. Bajo la organización oficialista de los sindicatos y a través de ella se estructura una especie de organización fantasma, que es la que cuenta con el respaldo efectivo y a toda prueba de los núcleos sobrevivientes del antiguo sindicalismo argentino, controlado por los socialistas y los comunistas. La grandiosa y abigarrada estructura oficial, a pesar de todos los controles policíacos, está sirviendo de vehículo para la penetración de esas dos ideologías en el medio obrero argentino. El marxismo le lleva al peronismo inmensa ventaja: la que tiene una concepción total de la vida sobre una ideología vaga y mal elaborada que se basa en la mística del caudillismo. A la fuerza de penetración del marxismo, Perón ha opuesto hasta ahora, más que la represión policial, su creencia de que basta elevar el nivel de vida de un pueblo para derrotar al comunismo. Sólo los acontecimientos por venir podrán demostrar lo peligroso de esta creencia y el camino que a su amparo haya hecho el marxismo entre las masas argentinas. Si un día el peronismo se derrumba, como parece previsible por tratarse de un régimen personalista, basado solamente en la existencia de un hombre que cuenta ya casi sesenta años, todos los indicios hacen suponer que será el marxismo la nueva religión de las masas argentinas desencantadas, si no es un fascismo netamente definido el que mientras tanto se atraviesa en el camino. En todo caso es más que aventurado

cual podría votar por quién quisiera... Esta parte de la ceremonia fué transmitida por radio y fotografiada. Lo que no tuvo tanta publicidad fué que a la salida de la reunión se entregó a cada asistente una cedulita de papel café en la cual estaban anotados los nombres de los candidatos del gobierno... que fueron, precisamente, los elegidos esa misma tarde.

suponer que será la democracia la sucesora del peronismo. (*).

El Partido Peronista

El tercer puntal del régimen es el Partido Peronista, que está dividido en dos ramas: la masculina y la femenina. No en derecho pero sí en el hecho, es el partido único, el que controla las dos ramas del Congreso y monopoliza los cargos de la Administración Pública. Para trabajar en cualquier parte se necesita presentar el carnet del Partido Peronista, pero, en el fondo, esto no significa sino una especie de servidumbre más o menos humillante para el individuo que no está de acuerdo con el Peronismo, pues prácticamente todo el mundo es miembro del Partido y posee su carnet. Para eso no tiene sino que comprarlo en alguno de los miles de lugares en donde está a la venta en \$ 1,60 m. n. a.

¿QUE ES EL JUSTICIALISMO?

La doctrina justicialista se nos presenta como la base política y filosófica en que descansa el régimen argentino. La primera observación susceptible de ser formulada se refiere al hecho de que, en verdad, la revolución peronista no se hizo bajo un impulso teórico, sino que surgió exclusivamente como un hecho político ajeno a toda doctrina. Ella ha debido formarse poco a poco en la medida en que se afirmaban la significación social del nuevo Gobierno y su solidez interna. Advirtamos que, en esto, el justicialismo se aproxima más al fascismo que al marxismo. En efecto,

(*) Esta infiltración del comunismo o el socialismo —un socialismo no democrático— es incalculable, por lo fácil de disfrazar que resulta. La escasez de dirigentes que su rápido y gigantesco crecimiento le ha creado al peronismo, ha permitido a los más hábiles de sus opositores no cohibidos por la moral democrática, trabajar para sus propios fines desde "dentro" del peronismo en vez de atacarlo desde afuera. Los comunistas son maestros en esta táctica y, por lo demás, su actitud ante el peronismo ha sido ambigua: colaboracionista, en el fondo, a pesar de la represión que soportan. Ello se explica porque el actual régimen puede estar despejándoles el terreno en el interior y porque la política exterior de Perón coincide perfectamente en lo substancial con la línea comunista-nacionalista y cerradamente anti-norteamericana. Así también se explica que dos prominentes ex-comunistas como los señores Dickman y Unamuno, que estuvieron en Chile con el Presidente Perón, sean ahora los inspiradores de *Argentina de Hoy*, la más nacionalista y anti-yanqui entre las publicaciones peronistas con pretensiones.

Esta incorporación de cientos y cientos de miles de miembros al Partido no le ha dado mayor solidez, sino todo lo contrario. El Partido Peronista se ha convertido en una especie de masa amorfa, desprovisto de cuadros dirigentes sólidos y eficaces y, sobre todo, carente de una ideología, de una verdadera doctrina política. Su base verdadera es la adhesión mística despertada y alimentada en las masas argentinas por un solo hombre: Juan Domingo Perón, y por una figura ya desaparecida, pero aún actuante: Evita.

Sin embargo, como superestructura del fenómeno más que político, sociológico, que es el peronismo, se ha elaborado el justicialismo. Este viene a ser así la despersonalización del Peronismo, y también su "desargentinización", su reducción a términos universales; en resumen, la forma exportable del Peronismo. Este tenía que buscar semejante expresión como vehículo para su irradiación fuera del país.

mientras éste último contiene como un rasgo capital la tesis de que las doctrinas se desenvuelven sólo a partir de ciertas estructuras sociales determinadas y se limitan a reflejarlas en la mente de los hombres, su desarrollo histórico no ha correspondido quizás a su afirmación. Porque, el marxismo surgió, como teoría hecha y derecha, antes de que existiese ni siquiera la sombra de un cambio político-social que pudiese determinar, en la cabeza de los hombres, una concepción propia sólo de la futura etapa. En este sentido, las condiciones del régimen capitalista influyeron negativamente, pues ellas servirían a lo más —siempre dentro del concepto marxista de la historia— para desarrollar una crítica. Pero, una realidad ideológica correspondiente a una realidad social enteramente nueva, como el marxismo pretende serlo, no podría surgir sino como una consecuencia y a posteriori.

Lo curioso es pues que, en cierto modo, tanto el fascismo como el justicialismo, han sido, en este plano, más marxistas que el comunismo. Ellos se han hecho presentes en la historia como estructuras nuevas y, a partir de allí, comenzaron a elaborar la doctrina que las justificaría en el orden de la inteligencia y de la cultura.

Sea esto marxismo o no lo sea, el hecho importante sobre el cual queremos llamar la atención consiste en que cada vez que el origen de una doctrina filosófica o política proviene directamente de un hecho que se trata de justificar teórica-

mente, para darle categoría y cultura, la construcción revela desde lejos su carácter precipitado y endeble.

Si el marxismo se encuentra a mil leguas de caer en una falla semejante, eso ocurre sólo porque no tuvo por objeto revestir de "doctrina" una revolución, sino, que, por el contrario, fué un proceso intelectual, condicionado, sin duda, por una realidad tendiente a **provocar** una determinada resolución. En cambio, la fragilidad y aún la ausencia de doctrina, que se advierte en el fascismo, obedece a la razón dada. El caso se vuelve a producir en el justicialismo argentino.

¿Cuáles son aquí las notas teóricas fundamentales?

Tratemos de exponer la esencia del problema investigándolo por la vía del criterio con que se resuelven las grandes cuestiones y en seguida por la del punto en que ellas son efectivamente solucionadas.

El nombre mismo de esta nueva doctrina nos dará ya mucha luz. Cuando se habla de justicialismo, se pone el acento en el significado de la palabra justicia. Y así es en efecto. Los justicialistas pretenden encontrar en todas las cosas el término medio "justo". Toda la gama de las posiciones filosóficas y sociales es recorrida. En cada cuestión, dos tesis extremas se disputan la verdad y el problema consiste en ubicar el punto medio en que los extremos se corrigen mutuamente.

Si se trata del problema del hombre, los justicialistas nos dirán que entre materialismo y espiritualismo existe una síntesis en virtud de la cual se concede al espíritu todos sus derechos, siempre que no vayan en desmedro de la materia, y a la materia todos los suyos, siempre que no vayan en perjuicio del espíritu.

Si se trata del problema de la sociedad, se advierte que los extremos son el individualismo y el colectivismo. El primero sostiene que el hombre no posee en sí mismo nada que pertenezca a la sociedad humana. El segundo, en cambio, afirma que el hombre pertenece íntegramente a la sociedad. Ambos persiguen, por cierto, producir la liberación humana, pero ninguno lo consigue plenamente; por el contrario, caen en la esclavización. El Justicialismo encuentra aquí también un término medio en virtud del cual se da tanto al individuo como a la sociedad el campo necesario para que desarrolle sus posibilidades al máximo, sin llegar, por ello, a producir una colisión entre ambos.

De este modo queda también resuelto el pro-

blema de la libertad. Siendo ésta el objeto formal de todas las posiciones antes señaladas, resulta que ninguna la realiza en toda su amplitud. Sólo si se utiliza el punto intermedio preciso, en que los derechos del espíritu y los de la materia, los del individuo y los de la sociedad, son reconocidos sin desmedro, entonces se obtiene la verdadera libertad.

Tenemos así determinados los dos aspectos que antes señalamos. El criterio intelectual básico consiste en operar una síntesis de todas las tesis extremas. El punto en que ella se realiza es un término medio que las equilibra, sin perjudicar a ninguno en beneficio del otro.

Es preciso agregar que el dilema materialismo-espiritualismo es concebido, por los partidarios de la doctrina, como un triunfo del segundo. Queremos decir que si se aprecia la mayor o menor verdad de cada una de tales posiciones, el espiritualismo representa una verdad superior. La filosofía, para el justicialismo, debe ser espiritualista. Pero, la necesidad de dar cabida al materialismo se deduce del hecho de que la materia es también una realidad y, por consiguiente, se hace necesario aceptar las limitaciones que ella impone.

La tendencia espiritualista facilita al justicialismo la adopción de las ideas cristianas como su fuente y su objetivo final. La sociedad justicialista será así aquella en que se realizan auténticamente los valores del cristianismo y se aplica su jerarquía.

Ello estaría realizándose en la Argentina del General Perón. Allí cada una de las posiciones antes indicadas tiene un campo de desarrollo adecuado a los intereses de todos.

El espíritu puede perfeccionarse completamente. Se ha recuperado la fe en Dios, el amor por la Patria, la unión de la familia, la solidaridad entre todos. Se ha conseguido también una mayor cultura social y se ha incorporado a los textos constitucionales los derechos del trabajador. Los ancianos, los niños, las mujeres poseen sus derechos fijados en las leyes. Todo ello reposa, en suma, en la instauración de una economía basada en el consumo y no en la producción. De este modo, se ha dado también cumplimiento a una múltiple cantidad de necesidades materiales de todo el pueblo.

La unidad entre individualismo y colectivismo se realiza, por ejemplo, en diversos problemas.

Uno de ellos es el de la libertad. ¿Cuál es aquí la solución justicialista? La libertad, se nos dice, tiene una doble función: individual y social. Ella no es absoluta y está limitada por el interés legi-

timo de la sociedad o del individuo.

Otro problema substancial es el de la propiedad. El derecho individual de la propiedad tampoco es absoluto. La doble función y, por tanto, las limitaciones mutuas, se hacen también presentes.

El mismo concepto se repite en el caso del capital. El justicialismo ni lo suprime ni le permite abusar.

En cuanto al trabajo, la tesis se reproduce de manera idéntica. El trabajo es un derecho y un deber. El individualismo había dado el derecho de trabajar, pero no garantizó contra los abusos de los poderosos. El colectivismo estableció el deber de trabajar... para el Estado. Para el justicialismo, en cambio, es un derecho con función social.

De todo esto surge la noción de una "tercera posición", cuyo concepto parte de la filosofía y llega hasta la política práctica nacional e internacional. Con ello, la esencia del justicialismo está descrita.

*

La exposición anterior ha sido escrita con el lenguaje y a nivel en que se ubican los autores justicialistas. Nadie podrá dejar de ver en ella una serie de problemas fundamentales de la filosofía y de la política. En verdad, sería falso decir que el debate a que nos lleva el justicialismo está fuera de la línea de los grandes debates. Las posiciones que allí se mencionan existen de una manera o de otra y del mismo modo, ocurre con la solución adoptada para cada uno de los problemas.

No hay duda, en efecto, que una cierta tensión hay entre el materialismo y el espiritualismo, el individualismo y el colectivismo, entre la libertad y la dictadura, etc.

Más aún, el choque de las tendencias provoca siempre la necesidad de una síntesis y ésta debe recoger los aspectos positivos de uno y otro extremo.

Sin embargo, varias observaciones podrían de inmediato plantearse. No en cuanto a las tesis a que el justicialismo apunta, ya que ellas son, si se quiere, las mismas que la filosofía social cristiana pretende sostener.

Las reservas posibles de formular están en otro plano. El primero es la falta absoluta de originalidad de todo esto. Resulta, en verdad, asombroso que haya sido posible inventar un nombre nuevo para conceptos filosóficos o políticos tan sa-

bidos. Sostener como una doctrina nueva la tesis de que el espiritualismo debe tener en cuenta la condición material del hombre o que es preciso rechazar los extremos del individualismo y del totalitarismo, para dar con una armonía entre uno y otro, es algo que carece de toda seriedad. Y si luego empezamos a presentar ante el mundo enfero estos hallazgos como valiosos descubrimientos de un régimen determinado, parecerá, sin duda, una humorada propia de la incultura más vulgar.

La segunda reserva apunta al primitivismo doctrinario con que estas materias son expuestas por los autores justicialistas. Ellos se defienden afirmando que sólo escriben para el pueblo. No es eso. Sucede, en verdad, que no saben escribir de otra manera. Ellos se demuestra por el hecho de que sus descripciones, no sólo son simplicísimas, sino también padecen de un esquematismo tan exagerado que las convierte en falsedades notorias. Así, por ejemplo, no es difícil advertir que ninguna doctrina enfocada por el justicialismo se reconocerá en el cuadro pintado por éste. •

Porque cada una de ellas se presenta a sí misma como la solución filosófica o social; esto es, como la única manera de integrar todos los aspectos de cada problema.

En otras palabras, si se persigue el sentido profundo de las cuestiones envueltas en el debate justicialista, no será en absoluto necesario recurrir a un nombre nuevo ni a la identificación de una doctrina nueva con el Estado argentino del General Perón. Será simplemente, el fondo de las tesis de la filosofía cristiana lo que se halla presente.

En cambio, si se permanece en el plano de las exposiciones peronistas, el simplismo primitivo del pensamiento, la unilateralidad, la incapacidad para comprender las grandes cuestiones filosóficas y la insulsez general habrán sobrepasado en demasía el límite que la paciencia más generosa podría permitirse.

Por último, digamos que también en este caso, se presenta la dificultad entre la teoría y la práctica. Aceptada la legitimidad de la filosofía justicialista, correspondería estudiar de qué modo el Gobierno argentino cumple con lo que promete. A nuestro juicio, hay una serie de cosas en que la acción del peronismo ha servido para mejorar efectivamente el nivel de vida del pueblo. Más aún, ha contribuido a levantar al pueblo desde un punto de vista humano y social. Pero, no hay duda también de que los métodos peronistas se acercan con frecuencia demasiado a los procedimientos del totalitarismo. Ello nos impide pensar

que la síntesis proclamada en los libros correspondía, en un grado importante, a lo que se vive en la realidad.

Ello, por lo demás, no sería sino consecuencia de una doctrina en que precipitadamente se ha querido reunir las cosas más resonantes de varios sistemas. El resultado es un conjunto de ideas que se exponen de una manera abstracta y vacían veces superada y, por otro lado, una práctica política efectiva y autoritaria, que responde a un mecanismo de poder personal y que, para no

parecer mal, se enlaza arbitrariamente con tesis filosóficas o políticas más o menos venerables.

Dialécticamente, el peronismo carece de todo interés. Políticamente, es un hecho complejo, muy argentino y muy contradictorio. Tenemos la certeza de que algunos de sus aspectos serán auténticas expresiones de una filosofía política social cristiana, pero ello ni justifica la existencia de un supuesto "justicialismo" ni tampoco permite decir que debamos identificar tal filosofía con la realidad del Estado peronista.

¿QUE HAY DETRAS DEL JUSTICIALISMO?

El justicialismo es, pues, una elaboración a posteriori, una doctrina fabricada ad-hoc para un gobierno ya instalado en el poder y para dar alguna estructura ideológica a un movimiento de masas afluídas realmente por su devoción a un hombre extraordinario. Pero ¿cuál es la verdadera ideología de los hombres que desencadenaron ese movimiento, cuál la del hombre que es la pieza maestra del sistema?

Esas ideas se vierten siempre hacia el público a través de una repetición machacona de vulgaridades y lugares comunes, de modo que hasta el último ciudadano, hablando en términos de capacidad mental, pueda tener acceso a ellas. ¿Hay pues una especie de "doctrina secreta" del Peronismo, reservada a los "iniciados"? En cierto modo, sí: no una filosofía de la vida, como el fascismo, el nazismo o el comunismo sino una más desnuda "voluntad de poder" tendiente a la exaltación de la Nación argentina. En 1943, el COU (Grupo de Oficiales Unidos) del cual el coronel Juan Domingo Perón era secretario, hizo circular el siguiente comunicado confidencial:

"Camaradas: La guerra ha demostrado palmariamente que las naciones no pueden defenderse por sí solas, de lo cual surge el juego de las alianzas, que mitiga, pero no corrige, el grave mal. La era de la Nación va siendo substituída paulatinamente por la era del Continente. Ayer los feudos se unieron para formar la Nación y hoy las naciones se unen para integrar continentes. Esta es la finalidad de la guerra. Alemania realiza un esfuerzo titánico para unificar el continente europeo. La nación mayor y mejor equipada deberá regir los destinos del continente en nueva formación. En Europa, será Alemania (*). En América del Norte, la nación monarca por un tiempo será Estados Unidos. Pero en el Sur no hay nación lo suficientemente fuerte para que sin discusión se ad-

mita su tutoría. Sólo hay dos que podrían tomarla: Argentina y Brasil. **Nuestra misión es hacer posible e indiscutible nuestra tutoría. (**).**

"La tarea es inmensa y llena de sacrificios, pero no se hace patria sin sacrificarlo todo. Los titanes de nuestra independencia sacrificaron bienes y vida. En nuestro tiempo, Alemania ha dado a la vida un sentido heroico. Esos serán nuestros ejemplos. Para realizar el primer paso, que nos llevará a una Argentina grande y poderosa, debemos apoderarnos del poder. Jamás un civil comprenderá la grandeza de nuestro ideal, por lo cual habrá que eliminarlos del gobierno y darles la única misión que les corresponde: Trabajo y Obediencia.

"Conquistado todo el poder, nuestra misión consistirá en ser fuertes, más fuertes que todos los otros países unidos. Habrá que armarse venciendo todas las dificultades, luchando contra las circunstancias interiores y exteriores. La lucha de Hitler en la paz y en la guerra nos servirá de guía. **Las alianzas serán el primer paso; tenemos ya al Paraguay, tendremos a Bolivia y Chile.** Las cuatro naciones podrán ejercer presión sobre Uruguay y luego será fácil atraerse a Brasil, debido a su forma de gobierno y a los grandes núcleos alemanes que hay en el país. Y con Brasil, el continente será nuestro. Nuestra tutoría será un hecho grandioso, sin precedentes, realizado por el genio político y el heroísmo del ejército argentino.

"¿Espejismo? ¿Utopía? Dirijamos nuestra mirada hacia Alemania. Vencida, se le hizo firmar en 1919 el tratado de Versalles que la mantenía bajo el yugo aliado en calidad de potencia secundaria, por lo menos en cincuenta años. Pero en menos de veinte recorrió un fantástico camino y en plena paz se anexaba Austria y Checoslovaquia.

"En la guerra, toda Europa se plegó a su vo-

(*) Escrito en 1943, no se olvide.

(**) El subrayado es nuestro.

luntad, pero no fué sin duros sacrificios, necesi-
tándose una férrea dictadura para imponer al pue-
blo los renunciamientos necesarios al formidable
programa. Así será en la Argentina. Nuestro go-
bierno será una dictadura inflexible aunque al co-
mienzo haga las concesiones necesarias para con-
seguir las alianzas indispensables. Se atraerá al
pueblo, pero fatalmente tendrá que trabajar, pri-
varse y obedecer, ya que solamente así podría lle-
varse a cabo el problema del armamento indispen-
sable para la conquista de todo un continente. Al
ejemplo de Alemania, por la radio y la educación
se inculcará al pueblo el espíritu favorable para
emprender el camino heroico que se le hará reco-
rrer. Sólo así podrá renunciar a la vida cómoda
que ahora lleva.

"Nuestra generación será una generación sacri-
ficada en aras de un ideal más alto: la patria ar-
gentina, que más tarde brillará con luz inigualable
en bien del continente y de la humanidad entera.
¡Viva la patria, arriba los corazones!"

Este documento cuya autenticidad no ha podi-
do ser desmentida es de una claridad que ahorra
comentarios. La proyectada alianza con Paraguay
alcanzó a ser un hecho. Apenas elegido Presiden-
te de ese país el señor Federico Cháves (el 16 de
Julio de 1950), se apresuró a visitar a Perón. Du-
rante un tiempo, las relaciones fueron inmejora-
bles (*) pero luego comenzaron a surgir las difi-
cultades, sobre todo por los no disimulados inten-
tos argentinos de controlar la vida económica pa-
raguaya. Actualmente, las relaciones están prác-
ticamente cortadas, pues el embajador paraguayo,
retirado de Buenos Aires, no ha tenido reempla-
zante.

El triunfo de la revolución de la Semana San-
ta de 1952 en Bolivia, dirigida desde Buenos Ai-
res por Paz Estenssoro, acoñó otro triunfo para
la política exterior argentina. Sin embargo, la pe-
netración argentina en Bolivia también ha encon-
trado dificultades. Las amplias concesiones otor-
gadas al grupo Chacur para la explotación del es-
taño acaban de ser canceladas, después que el
concesionario no cumplió las condiciones dentro

(*) El distanciamiento paraguayo argentino co-
menzó en un incidente pintoresco y revelador. Con
motivo de un Congreso Médico en Asunción, el em-
bajador argentino invitó a los delegados de su país
a una reunión en la embajada y allí, "en confianza"
los instruyó sobre la conducta que debían observar
con los paraguayos, a quienes calificó en la peor for-
ma. Entre los asistentes, había un médico paragua-
yo...

del plazo estipulado, debido, a lo que parece, a la
falta de medios financieros "duros". Casi simul-
táneamente, el embajador boliviano en Washing-
ton ha declarado que su país desea "la ayuda y
la comprensión del gobierno norteamericano". Con
todo, nada puede decirse de lo que suceda entre
Argentina y Bolivia, pues, en gran parte, ello de-
pende, de la actitud que adopte el nuevo gobierno
de los Estados Unidos.

El triunfo de don Carlos Ibáñez en Chile abrió
un nuevo horizonte al cumplimiento del plan pro-
gramado por el GOU, y de allí la insistencia ar-
gentina en transformar el pacto económico en uno
político, a lo cual, hasta ahora, la Cancillería chi-
lena se ha opuesto decididamente.

A pesar de todas las tensiones internas del ré-
gimen peronista y de la inanidad de buena parte
de su superestructura, nadie podría negar que Pe-
rón goza de enorme popularidad en Argentina y
que su posición es firme. No se advierte qué
fuerza podría derribar a su gobierno. Esa firmeza,
sin embargo, es frágil. Un atento observador ex-
tranjero describía tal situación diciendo que ella
le recordaba "la de esos principados del Renaci-
miento, en los que el príncipe era todopoderoso y
en los que todo iba muy bien en tanto el príncipe
no tuviese una úlcera al estómago..."

La dinámica interna de los regímenes persona-
listas, su propia implacable lógica, llevan a una
progresiva y monstruosa concentración de todo el
poder en el Jefe. Este se ve obligado a eliminar
en alguna forma —violencia o no— a todo indivi-
duo que pueda hacerle sombra, y a ahogar más
y más lo que sea o pueda ser oposición. La popu-
laridad real de Perón haría innecesarias muchas
de las restricciones a la libertad que se han ve-
nido operando en la Argentina, pero ellas obede-
cen ya no a la voluntad del hombre sino al proce-
so dialéctico del régimen. A la muerte de Evita,
Perón se ha visto obligado a asumir personalmente
la presidencia de la Fundación que lleva el
nombre de su esposa y hasta la dirección del Par-
tido Peronista Femenino, con cuyas jefas tiene
ahora que reunirse semanalmente. ¿Quién se atre-
vería a asumir semejante responsabilidad sino el
supremo responsable?

El mismo proceso de concentración del poder
ha ido ahogando a la oposición. El régimen per-
onista no ha llegado, por cierto, a los extremos de
las dictaduras fascistas o comunistas de Europa.
Carece, desde luego, del rigor ideológico, de la fé-
rrea organización, de los cuadros duros y discipli-
nados que aquéllas tienen o tuvieron, pero eso
no impide que la atmósfera política de la Argen-

fina de hoy no sea precisamente de libertad. La prensa y la radio, los dos grandes medios de difusión de las ideas han sido las primeras afectadas. La liquidación de la prensa opositora no es un hecho negado por el Peronismo. En 1950, en carta dirigida desde el diario *Ahora* a la Conferencia Interamericana de Prensa de Nueva York, el señor Rizzo Baratta expresaba que la Comisión Bicameral Investigadora de las Actividades Anti-argentinas había clausurado "63 periódicos, por omisión del Art. 2º de la Ley 13.661, que los obligaba a todos, como un homenaje a San Martín, a consignar a 1950 como Año del Libertador... También clausuró otros 13 periódicos por sediciosos, o por facilitar sus imprentas para la publicación de hojas, proclamas, volantes, etc., que incitaban a levantamientos y rebeliones, o que irresponsablemente, por su falta de frecuencia o por el anonimato en que se amparaban, fomentaban la intranquilidad pública o exhortaban a la violencia... La misma Comisión Bicameral Parlamentaria intervino la contabilidad de determinadas empresas por irregularidades que habían cometido o que cometían, afectando con su resolución a 34 periódicos..." Esto se escribía en 1950, es decir, antes que *La Prensa* fuese clausurada. Esa política ha seguido, pues de acuerdo con la doctrina peronista sobre este punto, proclamada por Perón en Septiembre de 1951, "la libertad de prensa sólo puede ser explicada en relación con la función social que cumple. Más aún: la libertad sólo puede explicarse en relación con el servicio que presta a un ideal social en función de militancia política".

Por otra parte, y conforme a la dinámica interna del régimen, ha ido cobrando más y más importancia la Policía de Estado, desde cuyas oficinas en el cuarto piso de la Casa Rosada se controlan no sólo las actividades de todos los individuos interesantes para el régimen, incluso sus propios ministros, sino también se dirige toda la propaganda oficial. Este organismo depende directamente del Presidente de la República y sus dos jefes superiores acompañaron, de riguroso incógnito a Perón durante su visita a Chile. Entre esos

jefes se cuenta —y dicen algunos que como el más importante— el hijo de Ludwig Freude, el naci número 1 de la Argentina. En todo caso, la participación de refugiados italianos y alemanes de la última guerra es importante en la super-policía peronista. El número de sus miembros puede apreciarse por el hecho de que al control de la sola colonia yugoeslava en Buenos Aires están afectos 400 agentes.

La propaganda oficial está también a cargo del mismo organismo, y la propaganda en Argentina es necesariamente oficial, pues, de acuerdo con la ley de seguridad se puede penar hasta con cuatro años de prisión "al que sin autorización entregue, publique o difunda datos económicos, políticos, militares, financieros que, sin ser secretos o reservados, no estén destinados a su publicación o divulgación..." Esto hace, entre otras cosas, que la Argentina sólo pueda compararse a la Unión Soviética en materia de estadísticas y otros datos necesarios para apreciar con toda exactitud la evolución de su economía y de otros aspectos de su vida social.

Pero este menoscabo de la libertad tiene su proyección más grave en el terreno propiamente espiritual, en la regimentación de los espíritus bajo la insistencia de la propaganda, en la formación de una cultura dirigida, que ahoga toda originalidad y favorece el servilismo, la mediocridad o el fanatismo, pues, como lo ha dicho Perón, "la libertad sólo puede explicarse en relación con el servicio que presta a un ideal social en función de militancia política".

La situación planteada en la Argentina, en donde, como lo advertíamos, no impera la violencia fría y sistemática de las férreas dictaduras europeas sino un ambiente de intimidación, ha sido bien resumida por un profesor argentino: "La semilibertad de que gozamos es más demoralizadora que el terror más salvaje. Por lo menos, el terror serviría para suscitar una oposición actuante. Las cosas, tal como están, perpetúan la ilusión, corrompen al pueblo y destruyen gradualmente lo que hay de mejor en la nación".

LAS REALIZACIONES DEL PERONISMO

La amplia utilización de la propaganda que caracteriza a las dictaduras ha servido para exagerar, indudablemente, las realizaciones logradas por el peronismo. El carácter espectacular de éstas no siempre resiste un examen más detenido y frío. Por ejemplo, la grandiosa creación de la

señora Eva Duarte, que lleva su nombre no está orientada, en realidad, con criterio social alguno sino que constituye más que nada un instrumento de propaganda del régimen, tanto para el interior como para el exterior. Así, es cosa sabida, por ejemplo, que la fantástica Ciudad del Niño, edifi-

cada por la Fundación en Buenos Aires está habitualmente vacía y que sólo se puebla con niños recogidos ad-hoc para mostrarla a algún visitante a quien se quiere impresionar. El carácter absolutamente extraordinario de la Fundación queda indicado también por el hecho de que, a pesar de contar con dineros que se le destinan en el presupuesto de la Nación, su Presidente, la señora Perón, no tenía ninguna obligación de rendir cuentas de la inversión de dichos fondos. Estos, además, se formaban con donaciones de particulares, cuya contribución, a juzgar por lo que se conoce de muchos casos, no habría tenido siempre la espontaneidad que confiere su mérito principal a las obras de ayuda social.

Pero, en fin, éstos son detalles que sólo pueden servir para indicar la importancia que el régimen confiere a la propaganda y la utilización que hace de ésta en forma no siempre ajustada a la verdad.

Algunas otras de las obras llevadas a cabo por el actual gobierno argentino han obedecido mucho más a una especie de necesidad psicológica que a la simple conveniencia económica. Tal es el caso de las nacionalizaciones y muy en especial de la nacionalización de los ferrocarriles británicos. El gobierno apresuró la expropiación de los ferrocarriles para satisfacer la fiebre nacionalista y antibrítica, aunque de esperar sólo unos meses, exactamente hasta el 1º de Enero de 1947, hubiera podido negociar en condiciones mucho mejores. En efecto, en dicha fecha terminaba de regir la ley Mitre que liberaba de derechos de internación el carbón inglés y las maquinarias y repuestos usados por los ferrocarriles, los cuales, por lo demás, necesitaban urgentes reposiciones pues se encontraban en pésimo estado. El propio señor Miranda había dicho textualmente: —"Nada hay que hacer con el fierro viejo del ferrocarril Buenos Aires-Pacífico". Sin embargo, no se esperó y a pesar de todas las explicaciones que se hayan dado posteriormente, la negociación en la época y en la forma en que se hizo, tuvo proyecciones más beneficiosas en la moral que en la economía del pueblo argentino. Algo semejante puede afirmarse de las nacionalizaciones llevadas a cabo en los teléfonos, el gas y las instalaciones portuarias, todas las cuales se vieron facilitadas enormemente por el fabuloso fondo de dólares y esterlinas que la Argentina había logrado acumular durante la guerra (600 millones de dólares a la vista en Nueva York y 150 millones de £ en Londres). Quizá la mejor utilización que se dió a esos excedentes fué la adquisición de la nueva flota mercante argentina, y la peor fué la compra de inmensas

cantidades de material de guerra, ahora ya anticuado, con lo que entonces se provocó justamente la alarma de las naciones vecinas. Fué entonces también cuando, con excedentes de dólares, la Argentina intentó la celebración del Tratado de Unión Económica con Chile, por el cual se podrían hacer fuertes inversiones en el desarrollo de empresas mixtas chileno-argentinas, sobre todo en las extractivas o elaboradoras de productos de que carecía el suelo argentino.

En el terreno de las obras públicas, de las que tanto caudal ha hecho también la propaganda del régimen peronista, ha habido, igualmente, enorme derroche y utilización no siempre inteligente de los recursos disponibles, vicios que una oposición amordazada no ha podido denunciar a la opinión pública del país. Sin embargo, hay realizaciones de carácter impresionante, como el eleoducto que va de Comodoro Rivadavia a Buenos Aires o decenas de flamantes poblaciones obreras.

Con todo, el esfuerzo principal del régimen se ha dirigido a transformar a Argentina de país agrícola en país netamente industrial, a pesar de las deficiencias en hierro, carbón y otros minerales de que adolece su territorio. (Hay hierro, sí, en Jujuy y en Sierra Grande, en Río Gallegos; y carbón en Río Turbio, pero mal situados y de explotación hasta ahora poco rentable). Esas deficiencias son obstáculo poderoso, pero no insalvable al desarrollo de una industria pesada, y han sido las industrias livianas y semipesadas las que han crecido fuertemente en la Argentina del último cuarto de siglo. Entre 1914 y 1940 se duplicó el número de obreros industriales y ese movimiento se aceleró fuertemente en la década siguiente, en forma de que la población industrial llegó a superar ampliamente a la agrícola. Al mismo tiempo, la política seguida por el gobierno al monopolizar el comercio de exportación a través del IAPI (Instituto Argentino para la Promoción del Intercambio) y la evidente resistencia encontrada en las clases latifundistas, junto con las malas cosechas, produjeron una crisis peligrosa de la agricultura. En 1951 llegó a exportarse la tercera parte de los granos y carne que se habían vendido al exterior en 1940. Todo ello ha obligado ahora a una violenta reconversión hacia la agricultura, al mismo tiempo que la fuerte inflación determinada por la política fiscal y por las rápidas alzas de salarios han tendido a provocar un comienzo de inquietud. De acuerdo con las estadísticas oficiales argentinas (Síntesis Estadística Mensual, Agosto de 1952), el costo de la vida en la Capital Federal ha subido a 562,8 puntos en Julio del año pasado, con rela-

ción al número base 100 fijado en 1943 (159 en 1947). Ello indica que la situación de la masa de la población ha desmejorado, pues es evidente que los sueldos y salarios no han aumentado en la misma proporción. Sin contar con que el índice de 562,8, oficial, no refleja la realidad, pues en rubros como el de los alquileres, legalmente congelados, hay aumentos efectivos muchísimo más importantes que el de sólo 27,8 puntos que señalan las estadísticas.

La reciente cosecha argentina, que ha sido magnífica ha venido a salvar en buena parte la situación, pero, con todo, el gobierno argentino deberá encarar medidas severas en el futuro inmediato para frenar el ritmo de la inflación y remediar el desajuste entre el desarrollo industrial y la tradicional estructura agraria de la Argentina. (*) El "ralentissement" que se anuncia en el proceso de industrialización tendrá repercusiones en el terreno político, pues el desarrollo industrial, premisa de la independencia económica es una de las grandes consignas del régimen y el camino hacia la grandeza argentina y el cumplimiento de su misión rectora en el continente latinoamericano.

¿Obligaré esto al gobierno a iniciar una reforma en el terreno de la estructura agraria argentina?

Desde hace tiempo, la ley de reforma agraria autoriza al Poder Ejecutivo para expropiar por simple decreto y por su valor de avalúo fiscal las tierras que no cumplan con las finalidades sociales que la misma ley señala. Tales disposiciones

(*) Nada dará mejor idea de la velocidad de la inflación argentina que su comparación con la chilena: En tanto que de 1944 a Enero de 1952, el costo de la vida aumentó en Chile 3,68 veces, el aumento en Argentina fué de 5,18 veces. (*Statistical Yearbook, 1951 y Monthly Bulletin of Statistics, de las NN. UU.*).

EL PACTO ECONOMICO CHILENO-ARGENTINO

La unión aduanera y la coordinación y complementación de las economías chilena y argentina, constituyen una vieja aspiración de ambos pueblos, que no pocas veces se ha tratado, parcialmente al menos, de convertir en realidad, aún cuando sin mayores resultados.

La "cordillera libre" de que tanto se ha hablado últimamente fué, por ejemplo, llevada a la práctica en dos oportunidades, en 1826 y 1856, en esta última ocasión durante alrededor de diez años. Sin embargo, no significó ni con mucho los frutos que

no han sido utilizadas hasta hoy sino como herramienta política. El peronismo no ha atacado a fondo uno de los más graves problemas argentinos: el del latifundismo. Si bien las condiciones del suelo argentino se prestan para el cultivo extensivo, en grandes "estancias", es evidente que hay porciones inmensas del territorio pertenecientes a un sólo dueño que no son cultivadas como se debería. Existe, en todo caso, una excesiva concentración de la propiedad de la tierra, que confiere a sus dueños una poderosa influencia. En la sola provincia de Buenos Aires, la más rica del país, cinco millones de Há, es decir un sexto de la provincia, pertenecen a sólo 221 particulares y 51 compañías. En los territorios nacionales, con los cuales se han creado ahora las provincias de Juan Domingo Perón y Eva Duarte, 1804 propietarios poseen tierras cuya superficie iguala a la que tienen en conjunto Italia, Bélgica, Holanda y Dinamarca, países en los que viven 60 millones de hombres. Sólo dos compañías tienen en ellos dominios tan grandes como Suiza y Bélgica reunidas. Es evidente que en este terreno, los postulados de justicia social del peronismo han sido por lo menos, postergados, mientras todo el esfuerzo se concentraba en la industrialización que, por lo demás, habría de ir socavando fatalmente la fuerza de los terratenientes que se oponen a la Nueva Argentina. Pero al régimen le ha sido imposible hasta ahora alterar fundamentalmente la estructura económica del país, por falta, en parte, de los recursos naturales necesarios a la industrialización en gran escala. Mas Chile y Bolivia los tienen. De allí, aparte de las implicancias estrictamente políticas de un acuerdo con Chile, las proyecciones político-económicas de orden interno argentino, las que para ser apreciables supondrían, sí, una fuerte penetración argentina en los rubros esenciales de la producción chilena.

de ella se esperaban.

Indudablemente los tiempos han cambiado desde ese entonces y hoy la coordinación y completación económicas entre ambos países —ya que no la política que frente al actual gobierno argentino debe descartarse de plano—, aparecen como más posibles y deseables. Las necesidades de la economía moderna, que requiere para su normal desarrollo de acceso a grandes mercados, de activos intercambios, hacen cada vez más conveniente la intensificación de las relaciones comerciales, par-

ticularmente entre naciones vecinas.

Sin embargo, un tratado comercial entre Chile y Argentina no es materia que pueda abordarse en forma precipitada y superficial, pues plantea complejos problemas no sólo económicos sino también políticos, que deben ser debidamente considerados.

Desde luego, creemos que no pueden en la actualidad dejar de considerarse, y como un elemento de singular importancia, los antecedentes ya dados sobre lo que es y significa el régimen peronista. Ellos deben llevar a tratar con suma cautela todo lo relativo a nuestras relaciones con ese gobierno, aún cuando se trate de un simple acuerdo comercial.

Por otra parte, la actitud de nuestro actual gobierno es también otro factor que con razón hace que quienes observan con objetividad los acontecimientos, miren con inquietud sus pasos tras la concertación del proyectado tratado con Argentina. El Ministro de Relaciones Exteriores, chileno, señor Olavarría, de quien depende principalmente todo lo relativo a este convenio, no ha exhibido precisamente las condiciones que son necesarias para llevar adelante en buena forma una negociación como ésta. Y lo mismo puede decirse de la mayor parte de los integrantes del Gobierno. Su afán de éxitos fáciles y espectaculares, destinados solamente a impresionar a la opinión pública, puede llevar a que no se consideren los problemas que plantea el tratado con la seriedad que se requiere, lo que podría tener trágicas consecuencias para los intereses de nuestro país.

Ya al iniciar su gobierno el señor González Videla, en 1946, pudimos apreciar los efectos de una actuación precipitada. El vertiginoso itinerario de las negociaciones efectuadas condujo al fracaso de un convenio que pudo haber sido de provecho.

No está demás recordar lo que ocurrió en esa oportunidad. El 4 de Noviembre de 1946 asumió el poder el señor González Videla y a la transmisión del mando concurrió el Vicepresidente de Argentina don Hortensio Quijano, presidiendo la delegación de ese país. Durante su estadía en Chile, que duró hasta el 12 de ese mes, se iniciaron las conversaciones sobre el tratado. El 20 del mismo mes partía a Buenos Aires el senador don Jaime Larraín, comisionado por nuestro gobierno para llevar a cabo las negociaciones. Y el 13 de diciembre de 1946 estaba firmado el tratado de mayor importancia de nuestra historia diplomática. Imposible mayor celeridad.

Y luego, tras año y medio de discusiones en

nuestro país, el convenio comercial chileno-argentino no logró ser aprobado en definitiva. Su fracaso condujo a crear la tensión entre ambos países que subsistiera durante todo el gobierno del señor González Videla. Argentina, como hemos visto, no es país que pueda contemplar con serenidad el que no se acepten los convenios que ella ha considerado dignos de ser aprobados. Sin embargo, no sería justo dejar de reconocer que en ese caso tuvo también no poca responsabilidad en el distanciamiento entre Chile y Argentina, la torpeza de algunas actuaciones de nuestro Embajador en Buenos Aires, señor Quintana Burgos, quien casi provocó la ruptura de relaciones diplomática entre ambas naciones.

Sin embargo, con todas las salvedades que se quiera, no puede desconocerse que es posible y conveniente tratar de llegar a un acuerdo comercial con Argentina, que permita salvar las deficiencias de nuestro actual intercambio con ese país y que conduzca a incrementarlo en forma mutuamente beneficiosa. El lograr tal objetivo presenta evidentes dificultades, pero no es imposible superarlas si existe un mínimo de seriedad y de buena voluntad en ambas partes. Quisiéramos creer que estas condiciones se cumplen en el presente caso.

Sobre tal base, y en la convicción de que, por otra parte, ambos gobiernos tienen un efectivo interés en llegar a un acuerdo, consideraremos el proyectado tratado económico con Argentina.

La situación actual y la forma de encararla

Parece lógico abordar el problema del tratado económico con Argentina, considerando, en primer término, cuál es la situación actual de nuestro comercio con ese país. (*)

Desde luego, cabe hacer notar que en los últimos años, la balanza comercial entre Chile y Argentina ha variado radicalmente. Después de haber arrojado durante largos años saldos desfavorables a Chile, a partir de 1949 tiende a nivelarse e incluso a acusar saldos a nuestro favor. Esto se debe fundamentalmente al incremento de nuestras exportaciones de productos mineros y metalúrgicos, que antes tenían una muy escasa significación en el comercio chileno-argentino y que hoy alcanzan al 50% del volumen total exportado.

(*) La revista "PANORAMA ECONOMICO", conocida por su seriedad y objetividad, trae en su N° 72, de 13 de marzo, una amplia información sobre el particular, de la que tomamos algunos de los antecedentes que consideramos en seguida.

Asimismo ha aumentado la importancia de nuestras ventas de productos forestales a ese país.

Las exportaciones argentinas a Chile, por su parte, se componen fundamentalmente de ganado, oleaginosas, aceites, lanas, cueros, etc.

Esto en cuanto a la composición del comercio chileno-argentino.

Ahora en lo que se refiere a la forma en que se desarrolla este intercambio, interesa particularmente todo lo referente a los sistemas de cambio vigentes en cada país, pues en ellos reside el problema central de nuestro comercio con Argentina.

A este respecto se puede afirmar que el comercio chileno-argentino se desarrolla en condiciones claramente desfavorables a nuestro país.

En efecto, Argentina mantiene un régimen discriminatorio, dentro del cual los productos que adquirimos en ese país se encuentran incluidos en su mayor parte entre los que se negocian al tipo de cambio MNA \$ 5 por dolar. En cambio, los productos básicos de nuestra exportación a Argentina, son en su mayoría de aquéllos que se negocian al tipo de cambio MNA \$ 7.50 por dolar y prácticamente no exportamos de los que se negocian más o menos a MNA \$ 14.— por dolar.

Chile, por su parte, y contrariamente a lo que hace Argentina, no mantiene un régimen discriminatorio sino que coloca en igualdad de condiciones a todos los productos de nuestro intercambio con dicho país.

En estas condiciones y dada la composición de nuestras exportaciones a Argentina, nuestro comercio con ese país se realiza en condiciones netamente favorables a ella. Tal es la conclusión a que lleva necesariamente el breve análisis anterior.

La situación antes descrita lleva, pues, a concluir que lo primero que debe tratar de obtenerse en un tratado económico o comercial con Argentina, es la aplicación de un sistema de cuenta única de compensación, en que no se hicieran discriminaciones ni se aplicaran tipos especiales de cambio para los productos de nuestro intercambio. Así el comercio con Argentina dejaría de desarrollarse en forma desfavorable para nosotros y quedaría colocado en situación de absoluta equidad.

Tal solución no es fácil de alcanzar, ya que ella significaría para Argentina el tener que modificar en lo que respecta a Chile su actual sistema de cambios. Pero esto no sería imposible, si realmente se pretende llegar a una efectiva cooperación económica entre ambos países en un plano de igualdad.

Por otra parte, sería también posible lograr un aumento sustancial del comercio chileno-argentino, ya que la Argentina importa cantidades sustanciales de productos que Chile produce o puede producir a corto plazo en forma de poder abastecerla. Tales productos son fundamentalmente: madera, papeles, cartón, pulpa, hierro, acero, cobre, hilados, etc.

Claro que esto plantearía el problema de que Argentina, por su parte, debería disponer y estar dispuesta a exportarlos a nuestro país, de otros productos que interesara a Chile adquirir. Esto parece difícil, pero no imposible, por lo menos parcialmente. Es probable que pudiéramos importar de Argentina, a más de trigo para saldar el déficit de nuestra producción, diversos artículos y productos que necesitamos y que hoy adquirimos con dólares en otros países.

Se nos ocultaba que en esto reside probablemente el problema más grave para un aumento del comercio con Argentina, pues ésta puede no desear vendernos, como ha ocurrido hasta ahora, tales productos en las condiciones equitativas que deberían establecerse en el proyectado tratado comercial.

Como se puede apreciar, lo que sería posible hacer ahora en materia de un tratado con Argentina no es con mucho algo excepcional, que pudiera tener una enorme e inmediata significación en las economías de ambos países. Lo posible es solamente algo modesto, limitado, que, sin embargo, puede servir para ir creando poco a poco las posibilidades para un más amplio intercambio entre Chile y Argentina, que lleva a una creciente coordinación y complementación de sus economías.

Esto parece ser lo único sano, serio y posible en las actuales circunstancias y que está, por cierto, muy por debajo de las ambiciosas y espectaculares aspiraciones puestas de manifiesto durante la reciente visita del General Perón a nuestro país.

BASES Y ESTUDIOS DEL TRATADO

En Febrero pasado, durante la visita del General Perón a Chile, él y el General Ibáñez firmaron un acto sobre cooperación económica entre Chile y Argentina, en cumplimiento de la cual se han iniciado las gestiones para concertar un tratado comercial entre ambos países. Como informáramos en esa oportunidad (ver N° 88 de "POLITICA Y ESPIRITU"), en lo sustancial de dichos documentos, ambos gobiernos declaran:

Que juzgan "urgente adoptar medidas tendientes

a alcanzar los objetivos de progreso y bienestar de sus pueblos por intermedio de la acción común y coordinada de sus gobiernos".

"Que esta unidad de acción puede desde ya traducirse en medidas que integren y vigoricen a sus economías, por lo que deciden establecer la **Unión Económica** de los dos pueblos..."

Para esto, "ambos gobiernos concertarán planes económicos orientados al logro de los objetivos contenidos en la presente declaración, que permitan llevar a su mayor amplitud el intercambio comercial. Coordinar las respectivas producciones y el comercio de sus artículos, aumentando los saldos exportables; impulsar el proceso de industrialización mediante el aporte de capitales y de todo otro recurso al alcance de los respectivos gobiernos, y complementar, en suma, las economías de Chile y Argentina".

Para llevar a la práctica estos planes, ambos gobiernos se comprometen por el mismo pacto a negociar dentro del plazo de 120 días "un tratado que conduzca a la eliminación gradual de los derechos de aduana, impuestos, márgenes de cambio, tasas excesivas, y toda otra medida que grave o restrinja la importación o la exportación entre los dos países. Igualmente deberán ponerse de acuerdo para facilitar los pagos entre ambos países, en especial "para derogar o modificar las disposiciones vigentes sobre tipos de cambio, movimientos de fondos, distribución de divisas, trámites administrativos y bancarios que dificulten dichos pagos".

El acta suscrita por los Presidentes Perón e Ibáñez no puede ser más ambiciosa.

No es extraño, en consecuencia, que en medio del entusiasmo y la euforia provocadas por la visita del Primer Mandatario argentino, fomentados por una activa propaganda oficial, sean numerosos quienes fundan las más optimistas esperanzas en el acuerdo económico en gestión. Y quizás nada sea más perjudicial que tal estado de ánimo para considerar el futuro de nuestras relaciones comerciales con Argentina. Pero más grave aún era que nuestros gobernantes parecieran carecer también de una noción clara de que lo que es posible y conveniente conseguir hoy por el camino de un acuerdo económico con nuestro vecino de allende los Andes.

Afortunadamente parece que el estudio de la situación está trayendo a tierra a muchos de quienes, por desconocer cuáles eran las posibilidades reales en materia de un convenio económico inmediato con Argentina, cifraban desmedidas esperanzas en él y a los que esperaban que les brindaría

la oportunidad de presentar al público resultados grandiosos.

El informe preliminar emitido por una comisión de funcionarios gubernamentales en que se adelantan ideas generales sobre el Convenio que se estudia entre Chile y Argentina, es particularmente revelador al respecto. (*) En él se expresa:

"La forma más amplia de alcanzar la complementación de las economías de Chile y de Argentina, sería, sin duda, la de una unión aduanera, entendiéndose como tal la eliminación para la totalidad del comercio recíproco de los derechos de aduana y demás reglamentaciones restrictivas del intercambio comercial, y la constitución de un solo territorio aduanero común con respecto a terceros países".

"La Comisión consideró detenidamente la posibilidad de que este régimen pudiera ser adoptado y llegó a la conclusión de que para establecerlo sería necesario, aparte de la supresión de las barreras aduaneras entre ambos países, concertar un acuerdo sobre los siguientes puntos:

- a) Establecimiento de un arancel aduanero común respecto de los demás países;
- b) La revisión de los convenios de comercio celebrados con otros países y el establecimiento de un sistema común de negociaciones conjuntas para la concertación de futuros acuerdos;
- c) Establecimiento de un régimen de pagos que permita un funcionamiento efectivo del sistema;
- d) Revisión del régimen de impuestos internos aplicables a la importación, exportación, producción y comercio;
- e) Revisión de las reglamentaciones de sanidad animal y vegetal;
- f) Realización de un plan de desarrollo de los sistemas de vías de comunicaciones y medios de transporte entre ambos países, y, finalmente,
- g) Definición de un plan para el establecimiento del sistema de unión aduanera en forma que permita una adaptación gradual y sin trastornos súbitos de las economías de los dos países".

"La variedad de las consecuencias enumeradas y la complejidad de las reformas que ellas suscitarían, llevó a la Comisión a estimar que dada la celeridad con que ella debe presentar sus conclusiones, no le es posible, por el momento, entrar al estudio detallado de las formas en que podría realizarse una unión aduanera con Argentina. Estima que debe buscarse, por ahora, un procedimiento de más fácil ejecución, que constituya un pri-

(*) Publicado en "PANORAMA ECONOMICO", Nº 72, de 13 de Marzo de 1953.

mér paso hacia la complementación total de ambas economías".

Más adelante este informe considera el sistema de "cordillera libre", el que rechaza por desventajoso y falta de equidad para nuestro país, debido al hecho de que más del 90% de nuestras exportaciones a Argentina se transportan por vía marítima, mientras que las importaciones desde ese país se realizan, en su mayor parte, por vía terrestre.

Considera luego el informe la solución de formar tres "zonas de libre comercio" en nuestro país, en cada una de las cuales existiría un régimen diverso para el intercambio con Argentina, más liberal o más restringido de acuerdo con las necesidades y conveniencias de cada una de ellas. Tal solución parece difícilmente viable ya que presenta obstáculos quizás insalvables.

Finalmente, la Comisión en cuestión considera en su informe la posibilidad de la concertación de un convenio que simplemente favorezca el intercambio chileno-argentino mediante liberaciones o reducciones de derechos de aduana e impuestos accesorios y un régimen amplio y efectivo para el otorgamiento de los permisos de importación y exportación. Tal solución no impediría, según el informe, abordar "las importantes cuestiones del régimen de pagos entre ambos países y del establecimiento de un plan de cooperación económico-financiera, lo mismo que otros asuntos conexos".

Por otra parte, según informó nuestra Cancillería el día 21 de Marzo, en una reunión celebrada por el Ministro de Relaciones Exteriores, la comisión gubernativa encargada de estudiar la forma de abordar las negociaciones con Argentina y S. E. el Presidente de la República, éste había resuelto que, sin perjuicio de continuar el análisis de los demás puntos del acta suscrita con el Presidente Perón, dicha comisión se concretara especialmente a la consideración de las cuestiones relativas a disposiciones sobre cambios, movimiento de fondos, distribución de divisas, trámites administrativos y bancarios que dificultan en la actualidad dichos pagos, en conformidad con el punto tercero del acta. Además dispuso que una delegación formada por miembros de esa misma comisión se dirigiera a Buenos Aires a fin de discutir con el gobierno argentino "los puntos preliminares que serían la base de las medidas que deberán adoptarse" por ambos gobiernos para eliminar las actuales dificultades que afectan a los pagos entre los dos países.

Hoy por hoy no es lícito, ni tan sólo posible, adelantar más suposiciones sobre lo que se trata

en las negociaciones preparatorias del proyecto de Tratado. Será necesario esperar que el Gobierno dé en su oportunidad los antecedentes que permitan a la opinión pública un juicio fundamentado sobre el particular.

Y AHORA ¿QUE?

Para millares de chilenos que aclamaron a Perón en los calurosos días de Febrero, el tratado con Argentina significará pan y carne más baratos a breve plazo. Las declaraciones espectaculares han estimulado, lamentablemente, tales espejismos. El tratado no podrá producir, por cierto, semejantes maravillas. Aún más, dadas las condiciones actualmente existentes en el comercio entre los dos países y los compromisos internacionales que ligan a cada uno con otras naciones, el tratado tendrá que ser de alcance bastante más modesto que el que sería incluso deseable considerando las cosas desde un punto de vista teórico. Pero ello será por otra parte lo mejor. No se hizo Roma en un día y los países del Benelux, por ejemplo, colocados en mucho mejores condiciones que Chile y Argentina llevan ya varios años realizando progresivamente la unificación de sus economías. Sólo que una obra de tal tipo, sería, meditada, no se compadece con la demagogia y el afán de espectacularidad. Semejantes actitudes deben ser abandonadas si no se quiere crear un ambiente que resultará contraproducente para el éxito del tratado y las buenas relaciones con Argentina.

Por otra parte, Chile está en buena posición para discutir un tratado con Argentina. A no ser que el gobierno de Santiago esté dispuesto a asumir una decidida actitud anti-norteamericana, que lo colocaría en una situación de relativo aislamiento en el continente, es decir en paridad con Argentina, tiene de su lado ventajas políticas que hay que aprovechar. El gobierno del presidente Perón tiene mucho mayor interés político que el nuestro en ajustar el tratado. Con él amplía, si no real al menos aparentemente, su base de sustentación internacional y se anota un triunfo también ante la opinión pública argentina. Semejantes necesidades políticas pueden obligar a un pago más o menos alto. Pero si Chile se coloca desde ya en la línea de la "tercera posición" peronista perderá, por cierto, las ventajas políticas que le confiere su actual posición.

En contrapartida, es imposible olvidar que lo que persigue fundamentalmente la cancillería argentina es una finalidad política, sea ésta interna o externa, y que si a pesar de todos los deseos claramente expresados por Perón, el gobierno ar-

gentino se resigna a un pacto meramente económico, éste será utilizado, dentro de lo posible, con finalidades políticas y como instrumento para el advenimiento de "la más grande Argentina". Esto obliga al pueblo y al gobierno chilenos a una estricta vigilancia en el estudio y subsecuente aplicación del tratado que se celebre. Sería funesto, volvemos a repetirlo, que este nuevo intento de lograr una progresiva asociación de los pueblos chileno y argentino se malograra, —sea antes de su mismo nacimiento o en su aplicación posterior—, por la introducción de un espíritu contrario al de buena fe y recíproco respeto que debe inspirar las relaciones internacionales.

El presidente Perón, a pesar de su insistencia imprudente en la fusión política chileno-argenti-

na ha demostrado poseer un agudo sentido de la realidad. Quizá no esté desprovisto de fundamento el rumor que asigna a Chile, en las actuales circunstancias, el papel de amigable componedor en las diferencias argentino-norteamericanas. Semejante arreglo serviría, sin duda, para despejar un tanto la atmósfera y el apoyo norteamericano a un comienzo de integración económica latinoamericana podría abrir caminos insospechados en la política de nuestro continente. Pero el hecho substancial es que un cambio de actitud del Departamento de Estado es una mera hipótesis y que Chile esta emergencia, como en todas, debe decidir por sí mismo de su destino. Y el paso por darse puede tener imprevisibles proyecciones.

EL VALOR GEOPOLITICO DE LA POSICION ANTARTICA DE CHILE

Por el Gral. (R.) Ramón CAÑAS MONTALVA

"No quiero ser de aquellos hombres que dicen lo que merecía callarse y callan lo que era necesario decir..."

Nunca quizá como en las actuales circunstancias y ante los proyectos internacionales en gestación, ha sido más necesario en Chile pensar la política exterior del país en términos **geográficos**, o sea con acertado criterio geopolítico. Si el término de **geopolítica** es nuevo, la idea que él encierra no lo es. Ya Napoleón había dicho que "la politique de toutes les puissances est dans leur géographie". Semejante idea, sin embargo, ha tenido muchas dificultades para abrirse paso en la mentalidad de nuestros compatriotas, al menos en los del lado del Pacífico, que son los únicos que reconozco como tales. La defensa de nuestros más vitales intereses fué en su tiempo herida de muerte por la ceguera geográfica de los encargados de defenderlos. Hablando de Barros Arana, a propósito de la notable obra de don José Miguel Irarrázaval Larraín, titulada **La Patagonia. Errores geográficos y diplomáticos**, Omer Emeth señalaba que la máxima del sabio griego "Memneso apistein" le habría parecido al defensor de los derechos de Chile una blasfemia tratándose de Darwin. Fué así, "como, no acordándose de desconfiar, creyó, primero, en el darwinismo, y luego, en la Patagonia estéril y maldita que Darwin había pintado... Y no la defendió como ella merecía y así Chile la perdió".

Quizá impresionado todavía por la actitud de nuestros políticos y sus precarios conocimientos geográficos, el coronel Thomas Hungerford Holdich, representante de S. M. Eduardo VII y ejecutor de su penoso fallo arbitral, en una conferencia ante la Royal Geographical Society, de la cual era vice-presidente, concretó su experiencia en esta frase lapidaria: **Es muchísimo lo que cuesta la ignorancia de la geografía.**

A nosotros, el creer en "ismos" antes que en la geografía y en la realidad desnuda de los hechos, nos costó la Patagonia. Que el error no vuelva a repetirse tratándose de la Antártica.



La Antártica es el último de los continentes conocidos por el hombre. Sus condiciones climáticas durísimas (hasta 50°), su carencia de vegetación y fauna terrestre hacen que la vida humana sea en ella muy penosa. Toda su extensión está cubierta de hielos; son más de catorce millones de kilómetros cuadrados, o sea, casi una y media veces la superficie de Europa. Si bien el interior del continente es prácticamente desconocido, los geógrafos lo han dividido en cuatro sectores: Pacífico, Australiano, Africano y Sudamericano, de

acuerdo con el continente o el mar que cada uno enfrenta.

El sector Sudamericano es el comprendido entre los meridianos 24 y 90 de longitud Oeste de Greenwich, límites que fueron indicados por primera vez por el geógrafo chileno don Luis Riso Patrón en su folleto "La Antártida Americana", publicado en 1907. La misma demarcación fue aprobada conjuntamente por todos los países americanos al incluir ese territorio dentro de la Zona de Seguridad del Hemisferio creada por el Tratado de Asistencia Recíproca firmado en la Conferencia Interamericana de Río de Janeiro en 1947. Este sector sudamericano comprende dos porciones: una masa continental que avanza hacia el Estrecho de Drake, cerrando por el Oeste el mar de Bellinghausen: es la Tierra de O'Higgins; y un conjunto de islas y archipiélagos diseminados en la cercanía de esa península. En ésta se encuentra instalada la base militar chilena **General O'Higgins**; en una de las islas del archipiélago de las Shetland del Sur, la isla González Videla (ex Greenwich) se halla la base naval **Soberanía**, y en la isla **Decepción**, necesario punto de paso de todas las expediciones, hay también una estación chilena.

Los derechos chilenos no sólo derivan de hechos recientes que significan adquisición o ejercicio de dominio, sino de títulos jurídicos seculares, pues arrancan de la época colonial. Todos ellos confieren a nuestro país, en el terreno diplomático, una posición inobjetable en el continente antártico.

Ahora bien. ¿Cuál es la importancia de la Antártica, objetivamente considerada y con respecto a Chile en particular?

Sobre los recursos minerales que pueda ofrecer ese desconocido territorio, más grande que el de los Estados Unidos, mucho se puede suponer. Puede haber, bajo el hielo que lo cubre, grandes yacimientos de carbón, pues lo que hoy es tierra desolada estuvo en un tiempo cubierta de selvas tropicales, o es posible que haya grandes depósitos de otras sustancias minerales. Todo eso es hipotético. Lo efectivo y real es la posición geográfica del continente antártico considerada en términos absolutos y con relación a la posición chilena. Estas son realidades inmutables, independientes, por cierto, del régimen político que domine en las naciones. Lamentablemente, como lo anota Weigert ("Geopolítica"), "la estrategia política democrática de nuestra época se moldeó en una escuela de pensamiento que no tenía en

cuenta la máxima de Napoleón de que la geografía domina la política de las naciones".

Otras naciones, en cambio, han comprendido mejor la importancia de ese factor, y en Argentina, por ejemplo, bajo la inspiración de sus actuales gobernantes, se ha creado para la preparación de sus políticos una cátedra de Defensa Nacional, en la que la estrategia y la política se funden en una especie de "Ciencia Política Integral", como lo expresara el rector de la Universidad de La Plata al inaugurar los cursos. Aún sin necesidad de esa ciencia, con certero instinto, la nación argentina viene desarrollando desde hace mucho tiempo un movimiento hacia el Pacífico, sea a través de Bolivia y sus reivindicaciones, sea a través del litoral chileno, por medio de los ferrocarriles de Salta y Lonquimay, por ejemplo, que son vías típicamente estratégicas, sea, en fin, a través del régimen de "cordillera libre". El mismo sentido tiene la expansión argentina en la Antártica, desde la cual Argentina se asoma, por fin, al Pacífico, hecho que la gran parte de los políticos chilenos, con su clásica ceguera, no advierten en su exacta e inconfundible intención de convertir a Argentina en una potencia con frente a los dos Océanos, como hay muy pocas en el globo.

Pues bien, una posición geográfica no tiene sólo un valor estático sino también valores dinámicos, que se conjugan y desarrollan dialécticamente, en forma de influir decisivamente en el destino de un pueblo. "En un mundo de anarquía internacional —escribe Spykman, el talentoso Director del "Yale Institute of International Relations"— la política exterior ha de encaminarse primordialmente a mejorar, o cuando menos a conservar la relativa posición de poder de un Estado. El poder es, en última instancia, capacidad de sostener una guerra, y en la geografía están las claves que descifran los problemas de la estrategia militar y política. El territorio de un estado es la base desde la cual actúa en tiempos de guerra y la situación estratégica que ocupa durante el ocasional armisticio que se llama la paz. La geografía es el factor fundamental para la política exterior de los Estados porque es la más permanente. Van y vienen ministros, incluso los dictadores mueren, pero las montañas permanecen incommovibles". Si Chile, por simples disposiciones de "una nueva política exterior", sin mayores antecedentes, —que sepamos, pues no ha habido un concienzudo análisis público— pretende borrar "la majestuosa montaña que nos dió por baluarte el Señor", no debería, al menos, sacrificar a algún "ismo", como Barros Arana en su tiempo, la extraordina-

ria posición que ha alcanzado y aún mantiene en el continente antártico.

Este ofrece hoy una importancia excepcional, que, a primer vista, no aparece. Hasta ahora vivimos prisioneros de una imagen del mundo que es la presentada por la proyección de Mercator, que deforma la distribución real de las masas continentales sobre la esfera terrestre, adecuándola a las posibilidades que ofrecía la sobre navegación marina. Pero la proyección polar o proyección arzimutal equidistante da una visión más cabal del planeta y ella nos muestra cómo los polos son puntos en que a más de los meridianos se cruzan las rutas más cortas entre los centros vitales de los continentes, unidos ahora no por la navegación marítima sino por la aérea. Es este hecho la causa de la importancia enorme que en el último tiempo ha adquirido el círculo polar ártico, el Big North, en cuyas heladas extensiones tanto Rusia como los Estados Unidos mantienen bases y estaciones costosísimas. La mayor y más moderna base aérea norteamericana es la que se acaba de terminar en Thulé, Groenlandia, con un costo realmente fantástico. La Antártica está llamada a tener una importancia semejante, y aún mayor, porque el mundo comienza a entrar ahora en la era del Pacífico.



Efectivamente. No sólo se trata de que el avance de la técnica suprime o acorta las distancias, lo que es importante tratándose de espacio tan vasto como el Pacífico, sino que el centro de gravedad del interés mundial se está trasladando del Atlántico al Pacífico.

La civilización europea, centrada durante siglos en torno al Mediterráneo, alcanzó su mayor esplendor con la expansión atlántica, pero ahora Europa ha desaparecido del atlas político mundial como centro de poder y es campo en donde luchan dos potencias no europeas, cuyo contacto directo se opera no en el Atlántico sino en el Pacífico. Al mismo tiempo, las viejas civilizaciones de las riberas del Pacífico comienzan a salir de su sueño milenario. La India, la Indonesia y millones de hombres dominados hasta poco por los europeos junto a las aguas del Gran Océano han recobrado ahora su independencia y se aprestan a jugar su papel propio. La China, con más de cuatrocientos millones de hombres es hoy una potencia mundial. Con razón expresaba el general Haushofer, ya en 1908: "Un espacio gigantesco se está extendiendo ante nuestros ojos con fuerzas que afluyen

a él, las cuales, fríamente objetivas, esperan el alba de la Era del Pacífico, sucesora de la vieja Era del Atlántico, de la caduca del Mediterráneo y de la pequeña Europa". Más de la mitad de la población del planeta, y precisamente la mitad que crece más rápidamente vive en torno al Océano Pacífico. Allí está el futuro.

Por eso, el profesor Whittlesey, de la Universidad de Harvard, en una de sus tantas extraordinarias concepciones sobre geografía política, expresa: "Se observa que desde la guerra del 14, el dominio del mar no puede significar por más tiempo la superioridad de unidades de guerra de una sola nación, porque no hay nación que pueda dominar el mar, a menos que incluya entre sus dominios el Océano Pacífico".

En parte tan importante del planeta, Chile tiene una costa de cuatro mil kilómetros, que se extiende a siete mil considerando el territorio antártico, con posiciones sobre las rutas vitales del Esirecho de Magallanes, el Esirecho de Drake y el Canal de Beagle, y en las vías aéreas intercontinentales entre América, Australia, Oceanía y Asia Sur-Oriental. Esos valores potenciales deben orientar la política exterior chilena hacia el sistema del Pacífico, al cual pertenece y del cual derivan las características más notables de su tradición y poderío. Tan inequívocos antecedentes, unidos a la lógica estructuración de regiones o sistemas geográficos afines, nos han inducido a coincidir con numerosos geógrafos y sociólogos que destacan y aconsejan la coordinación preferente para Chile de problemas económicos, sociales, militares, políticos, etc. con Perú, Bolivia; y, en cierto modo, Ecuador; países indiscutidamente pertenecientes e interesados en el sistema del Pacífico por natural gravitación. Sin embargo, los justos límites de este ensayo, no nos permite desgraciadamente por ahora extendernos sobre el particular.

Por otra parte, el destacado geógrafo George B. Cressey, a quien tuvimos el agrado de encontrar y oír en los recientes Congresos Geográficos de Washington, el año pasado, expresa en su interesante obra sobre Tierras y Pueblos de Asia, refiriéndose a la geoestrategia del Pacífico: "La ignorancia de la geografía es inmensamente costosa. Una comprensión de la geoestrategia no es, en sí misma, una solución de los problemas del Pacífico, pero sin esa comprensión no puede prevalecer la paz. Hay aquí un espacio mucho mayor que aquél en función del cual han pensado hasta ahora los norteamericanos". Y los chilenos —podemos agregar nosotros— los políticos chile-

nos, salvo honrosas excepciones, continúan, como la bíblica estatua de sal, con la cabeza vuelta al revés, mirando al Atlántico, mientras el gran futuro de Chile, íntimamente relacionado con la posición del país en el Pacífico Sur y su sector antártico, continúa lamentablemente olvidado.

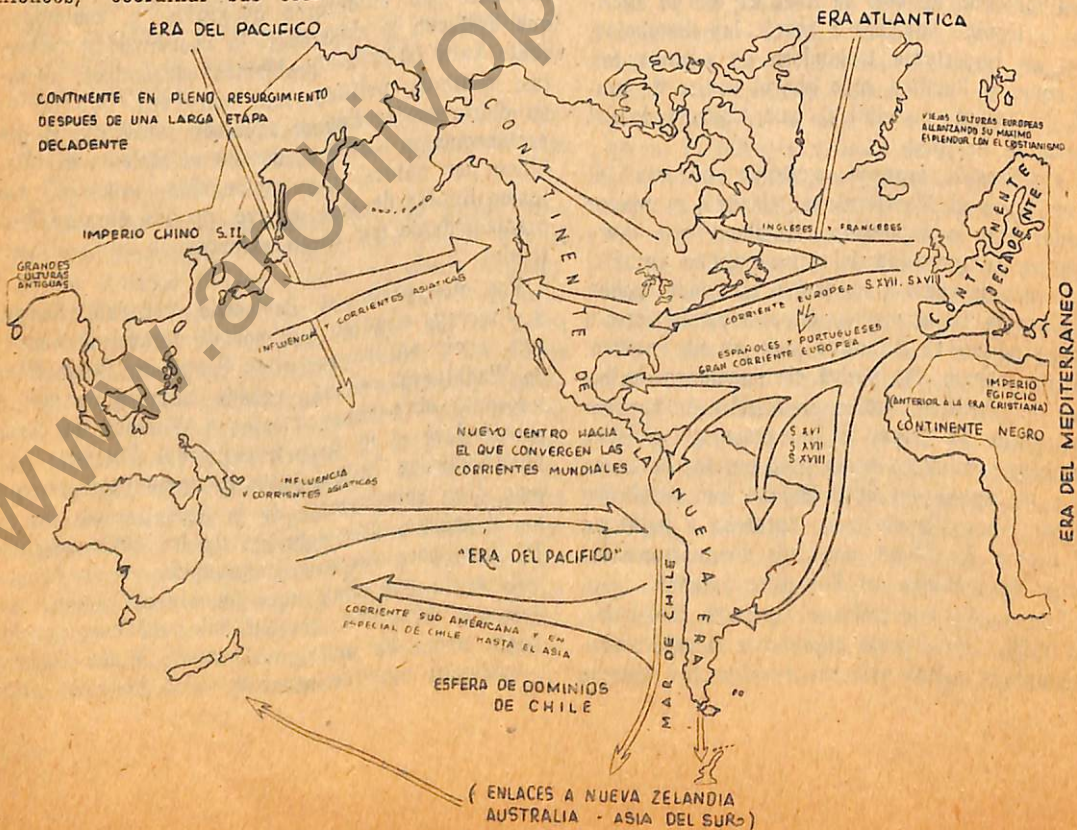
La política exterior argentina se ha singularizado, en cambio, por una rara tenacidad en la consecución del propósito de dar a su país una salida al Pacífico. En el fondo, la doctrina de la "Cordillera Libre", no obstante la tonalidad económica con que se reviste, persigue una finalidad política absolutamente contraria a los verdaderos intereses y al destino histórico de Chile como potencia del Pacífico Sur-Antártico.

Chile necesita por sobre todo comprender con amplitud las posibilidades e imperativos de su envidiable posición sobre el Pacífico y la trascendencia de su posición antártica frente a un nuevo mundo en plena estructuración. Analizar detenidamente las relaciones y mercados del futuro somete tan extensos y prometedores sectores, estructurar su economía (potencial agrícola e industrial) para servir esas posibilidades; organizar sus transportes marítimos y aéreos (Geografía de las Comunicaciones); y muy en particular apresurarse a asegurar la absoluta soberanía sobre los territorios antárticos de su dependencia —sin participaciones de responsabilidad con nadie— y sólo entonces, "coordinar sus economías", con países

como Argentina cuya notoria intención radica en el aprovechamiento de factores absolutamente propios y determinantes de nuestra grandeza, como los que hemos señalado.

Fervorosos de la unidad continental y no menos adictos al logro de conquistas indo-americanas, propiciamos el mayor intercambio entre naciones hermanas; pero, bajo los postulados del ideal Bolivariano en lo que a unidad se refiere, y en los de tonalidad esencialmente democrática como sostuvo O'Higgins el gran Libertador del Pacífico. En consecuencia estimamos que los acuerdos, al decir "económicos" como se asegura, no deben en ningún caso invadir o lesionar campos y mercados del Pacífico privativos absolutamente de nuestra órbita de influencia. Solo de una repartición sana y equitativa de las "misiones estratégicas" como de las "ventajas económicas" entre países, particularmente si son vecinos, podrá nacer el buen entendimiento y el afecto capaz de lograr la unidad que todos anhelamos muy sinceramente.

Yo deseo por último, parodiando la actitud y el pensamiento de Churchill en uno de sus tantos momentos conmovedores ante la "defensa de los verdaderos intereses de su PATRIA" repetir: "Pido a los Ministros de su Majestad que se metan algunas de estas brutales verdades en sus cabezas".





EL RESULTADO DE LAS ELECCIONES



Aun cuando hasta el mes de Mayo próximo no se conocerá el fallo del Tribunal Calificador de Elecciones que determinará la definitiva composición del Congreso Nacional cuyo período se iniciará entonces, los resultados conocidos de los comicios del 1º de Marzo permiten hacer algunas

consideraciones sobre ellos acerca de las cuales es muy conveniente y necesario llamar la atención.

Creemos que la realidad evidenciada a través de las elecciones recién efectuadas debe ser objeto de una sincera meditación por todos los políticos chilenos y por la opinión pública en general, pues nos parece evidente que se ha demostrado que nuestra democracia vive uno de los momentos más críticos de su historia.

Dos hechos indiscutibles revelan claramente la gravedad de la situación actual.

Por una parte, tenemos que, como consecuencia del resultado de las elecciones efectuadas el 1º de Marzo, no hay quizás si por primera vez en nuestra historia, dos o tres partidos de gran poderío e influencia, que cuenten con una representación parlamentaria de consideración. Ahora existen varios partidos, prácticamente cinco, que contarán con una representación en el Congreso Nacional de cierta fuerza (poco más o poco menos de 20 diputados), y un sinnúmero de colectividades de menor entidad que han logrado representación parlamentaria, pero de escasa o ninguna significación. Pero no habrá ningún partido que tenga entre 30 y 40 representantes en la Cámara de Diputados, como los hubo siempre en el pasado en nuestro país.

Este hecho es de extraordinaria gravedad en una democracia, pues revela la falta de grandes movimientos de opinión cuya existencia es necesaria para el mantenimiento de aquella. Nadie puede desconocer o desestimar la importancia que tienen por ello las grandes colectividades políti-

cas en una democracia. Su existencia es de hecho un requisito indispensable para su normal desenvolvimiento, bajo diversos respectos y no sólo del muy importante de la formación de mayorías parlamentarias homogéneas y de cierta solidez y estabilidad.

Por otra parte, en los últimos años se ha hecho claramente evidente en nuestra vida pública una notoria bajo de nivel en la categoría de cuantos actúan en ella. Este fenómeno ha sido particularmente notable en la provisión de cargos públicos por el actual gobierno y en las elecciones que comentamos, en que abundaron los candidatos, hoy triunfantes unos y derrotados otros, carentes de los más elementales requisitos de preparación, capacidad e incluso de moralidad.

Estos hechos no pueden ser desconocidos por nadie que analice con objetividad el panorama chileno. Y ellos no pueden tampoco ser juzgados ni considerados en forma superficial y ligera, amarrándose a estrechos puntos de vista ni a consideraciones mezquinas de intereses de grupos. Está hoy en juego la subsistencia misma de nuestra democracia y el porvenir de nuestro país, por lo menos durante los próximos años.

CAUSAS Y CONSECUENCIAS



Diversos factores se han conjugado para conducir a la situación que comentamos.

Nadie podría desconocer que, en los últimos años, la política chilena se ha desarrollado en un plano en que con excesiva frecuencia han prevalecido las consideraciones mezquinas y subalternas sobre las que debieran, por su importancia, haber sido las que constituyeran el nervio de la acción política, en particular de la gubernativa.

Un estrecho partidismo, un predominio de los intereses de grupos sobre los más altos del país entero, una lamentable superficialidad para juzgar y encarar muchos problemas, fueron algunas de las causas que condujeron al desprestigio de la mayor parte de los partidos políticos ante la opinión pública.

No fué ajena a tal resultado, por otra parte, la

acción demoledora de la crítica acerba e indiscriminada de quienes hoy son gobierno. Ellos contribuyeron más que nadie a crear en vastos sectores del país la simplista impresión de que nada bueno se había hecho en el último tiempo y de que todos cuantos actuaban en la política chilena eran elementos descalificados, indignos bajo todo concepto de la confianza pública. Pocos meses de acción del nuevo gobierno han bastado para poner en evidencia la falacia de la campaña desarrollada por el ibañismo antes de su triunfo en Septiembre de 1952.

Al margen de esto, y aunque no cabe duda de que podría decirse mucho en defensa de los partidos políticos chilenos que hasta ayer fueran los decisivos en la marcha del país y que todavía pueden seguir siéndolo, no puede desconocerse que a ellos cabe una pesada responsabilidad en la creación del estado de cosas que hoy vivimos.

Sin embargo, ahondando en el problema, no parece exagerado sostener que todo aquello es sólo parcialmente causa de la situación actual. En no escasa medida tales hechos han sido no causa sino más bien efectos de otros factores que, aún cuando menos aparentes a simple vista, han tenido quizás una influencia más profunda y decisiva en los acontecimientos y deben por ello ser considerados también y en su real importancia y significación.

Por ello y pese a que esto rebasa el objeto de este comentario político, creemos conveniente referirnos a tales factores, que debían ser objeto de estudio más detenido que el que aquí hacemos.

Entre ellos cabe mencionar uno a que nos hemos referido en más de una oportunidad y que ha adquirido caracteres particularmente agudos y perceptibles después del término de la segunda guerra mundial.

Nos referimos al sentimiento de insatisfacción que desde hace mucho ha existido en general en los pueblos latinoamericanos por sus deficientes condiciones de vida, sobre todo al considerarlas en relación con las de otros países. Tal comparación se hace naturalmente en especial con los Estados Unidos. El fácil conocimiento que hoy se tiene, por medio de la prensa, la radio, el cine, etc. de como se vive en otras partes, ha llevado a hacer más acusado ese estado de descontento, que se exterioriza en forma más o menos violenta según los países.

Tal estado de ánimo, si así pudiera llamársele, explica en no pequeña parte el que en los últimos años se haya manifestado en la población latinoamericana un intenso sentimiento de hostilidad y

animadversión hacia quienes se considera, con razón o sin ella, responsables de la precaria situación y bajo standard de vida de esos pueblos. Sus gobernantes, partidos y clases dirigentes, por una parte, y los Estados Unidos, por otra, han pasado a ser objeto de amargas críticas y reproches que, por lo demás, a veces no han carecido de fundamento serio.

Y a esto se debe, en buena parte, la facilidad con que se han desarrollado últimamente movimientos de carácter nacionalista, o más bien ultra-nacionalistas, que se fundan más que nada en una violenta crítica a todo lo existente. Ha contribuido también a ello, una activa propaganda, abierta a veces y solapada y subterránea en otras, llevada a cabo por los partidos comunistas y por elementos, de clara tendencia fascista, que existen en todos los países latinoamericanos. Estos últimos, por lo demás, han encontrado amplia ayuda e inspiración en el peronismo argentino, que no ha sido ajeno por cierto a la propagación de tales movimientos.

Este ha sido un fenómeno general en esta parte de América y nuestro país no ha constituido una excepción al respecto.

Por otra parte, él ha coincidido, al menos en Chile, con otro fenómeno sin el cual posiblemente no habría podido producirse aquél con la intensidad que anotamos.

Durante los últimos años, por razones que sería ocioso analizar aquí, se ha producido en nuestro país un notable aumento de la población que se interesa por la vida pública y que buscando medios de expresión, entra a participar en la actividad política. El aumento de la población electoral chilena es un hecho que refleja claramente este fenómeno. La participación de la mujer, lograda al otorgársele derechos políticos y el crecimiento del electorado masculino, muy superior a lo que correspondería por el aumento vegetativo de la población, constituyen una demostración de lo que sostenemos.

Para cuantos creen sinceramente en la democracia como régimen de gobierno, tal crecimiento o expansión de la masa ciudadana que se interesa por comprender la vida pública y por participar en ella, constituye un hecho conveniente y necesario. Esto, sin embargo, no puede llevar a desconocer o subestimar los riesgos y peligros que, en un momento dado, pueden entrañar tales procesos, particularmente cuando ellos se producen en forma demasiado brusca.

Es evidente que habitualmente buena parte de la población que así se incorpora a la actividad

PELIGROS Y POSIBILIDADES



pública, está constituida por los elementos de menor cultura y preparación del país, que, por lo mismo, suelen carecer no sólo de experiencia sino también de capacidad para comprender y apreciar debidamente la realidad de los problemas políticos. Prevalece en ellos un criterio simplista e ingenuo, que los convierte en fácil presa de la demagogia, particularmente si ésta se lleva a cabo planteando una posición negativa de crítica violenta al régimen existente.

Con todo, en circunstancias normales, un breve periodo de aprendizaje, por llamarlo así, educa al nuevo ciudadano y le permite convertirse en un elemento positivo y creador en la democracia.

Desgraciadamente para nuestro país, en esta oportunidad diversos factores se conjugaron para que este proceso, normalmente necesario y conveniente, se verificara en condiciones sumamente desfavorables para el desenvolvimiento de nuestra vida democrática; se produjo en momentos en que incluso parte del electorado que adhería a los partidos existentes, era presa de hondo descontento por la forma en que se desarrollaba la política chilena.

Y por otra parte, simultáneamente operaba el fenómeno a que antes refiriéramos, el que encontró así un campo abonado que permitió su más fácil y amplio desarrollo.

Esto explica, a nuestro juicio, más que otros factores, el que en Chile haya podido surgir y desarrollarse un movimiento como el ibañista, carente de contenido ideológico serio y de una posición constructiva clara y precisa ante los problemas nacional, fundado exclusivamente en la crítica a lo existente, en la explotación de resentimientos y de odios y en la adhesión no a ideas o programas sino a un hombre que encarnó así las más diversas y encontradas aspiraciones e ilusiones.

Explica también el que la gran masa del país no haya sido capaz de expresarse fundamentalmente a través de dos o tres grandes partidos, que representaran programas y criterios, sino a través de un sinnúmero de colectividades, que las más de las veces sólo respondían a ambiciones y apetitos personales.

Y explica también el que en las actividades gubernativas y parlamentarias puedan lograr situaciones destacadas personas carentes de los más elementales merecimientos y aptitudes.

Nadie que juzgue objetivamente la situación actual de nuestro país, puede dejar de percatarse de los peligros que encierra, como hemos dicho, para nuestra democracia.

Es evidente que se vive en circunstancias anormales, en que existe un seriao y profundo desajuste en la organización política del país, provocado por las causas ya analizadas.

La desorientación prevaleciente en la opinión pública, expresaba en la proliferación partidista y en la ausencia de grandes colectividades que representen y encaucen poderosos sectores de ella; la falta de idoneidad de la mayor parte de los que hoy tienen responsabilidad en la marcha del país en especial a través del gobierno o de los partidos que forman parte de éste, y que también existe, aún cuando en menor grado, en las colectividades de oposición, son demostraciones evidentes de una crisis de gravedad.

El Gobierno se ha mostrado hasta ahora incapaz de superar la situación y de formular y realizar una política orgánica, seria y eficaz para encarar los problemas que afronta, la que serviría también para orientar y encauzar a la opinión pública. En reiteradas oportunidades nos hemos referido a sus desaciertos y a la incapacidad y torpeza que revelan la mayor parte de sus actuaciones. Respecto de todas las materias de real importancia y que es urgente abordar a la brevedad posible, no es posible conocer aún cuáles son los planes y proyectos que aseguraba tener estudiados y preparados.

No es exagerado afirmar que la acción del actual Gobierno ofrece una extraordinaria similitud con la del último periodo de la administración del señor González Videla, en que, por razones obvias, la actividad gubernativa alcanzó su más bajo nivel. E incluso la comparación sería favorable a aquél periodo que no se caracterizó precisamente por su eficiencia.

Los partidos políticos, por su parte, tanto de Gobierno como de oposición, si bien han evidenciado una recuperación relativa en los últimos meses, no tienen hoy día el peso e influencia que necesitarían para que a través de ellos se superara la crisis actual. Y mientras subsista la dispersión partidista actual, no podrán ellos asumir

el rol preponderante que les corresponde en una democracia bien organizada.

El resultado es que la gran masa del país, carente de quienes la conduzcan y la guíen, tiende naturalmente a actuar sólo en función de sentimientos, ilusiones o apetitos y es, por lo mismo, incapaz de participar en forma consciente y responsable en la vida pública.

No agregaremos a lo expuesto otras circunstancias que contribuyen a agravar la situación, como los antecedentes dados a conocer por una revista de la capital relativos a la existencia en nuestro Ejército de grupos u organizaciones, cuya peligrosidad no puede desconocerse.

En suma, parece innegable que una situación como ésta debe ser encarada por todos con serenidad y altura de miras y con el decidido propósito de que ella sea superada, aún al precio de los mayores sacrificios. No es posible considerarla en forma ligera y superficial, movido por sentimientos y pasiones o con un estrecho espíritu partidista o de grupo.

Nuestro país necesita con urgencia de la estruc-

turación de grandes conglomerados políticos, homogéneos, con orientación definida y con una organización eficaz. Para ello, muchos tendrán que sacrificar particulares puntos de vista, que poco o nada pesan en circunstancias como éstas, y dejar de lado resquemores y resentimientos, por justificados que pudieran ser.

El gobierno debe, por su parte, comprender claramente sus deberes en la hora actual e iniciar una acción que efectivamente lleve a una solución, inspirada en los intereses generales del país, de los problemas que tiene ante sí, dejando de lado mezquinos y subalternos objetivos políticos. Sobre todo no debe dejarse tentar por el canto de sirena de quienes propician la implantación de una dictadura o una restricción de las libertades públicas como remedio a nuestros males. Una acción de tal tipo, estamos seguros, encontraría amplio y desinteresado respaldo y apoyo.

Cabe confiar en que el desinterés y el patriotismo prevalecerán y que se logrará salvar la presente crisis, que es, sin duda, una de las más graves que ha afrontado el país.

Política INTERNACIONAL

LUTO Y REORGANIZACION EN EL KREMLIN



Cuando Eisenhower, recién ascendido a la presidencia de la república principiaba a delinear la nueva política norteamericana, el fallecimiento de Sstalin vino a añadir un nuevo elemento de incertidumbre en el confuso panorama internacional.

Stalin falleció el 6 de Marzo y horas después Georghi Malenkov era designado su sucesor en la jefatura del gobierno soviético. Con esto, las posibilidades de que la muerte del dictador provocara de inmediato una crisis que desde las murallas del Kremlin podía propagarse al mundo entero, quedaron desvanecidas. La estructura comunista se demostró inmensamente más firme que lo que muchos hubiesen deseado. Malenkov, un hombre que ha hecho su carrera peldaño por peldaño dentro de la burocracia del Partido, pudo tomar

de inmediato las riendas y reorganizar los organismos superiores del gobierno, reduciendo el número de sus miembros con la consecuente concentración del poder y las responsabilidades.

Si algunos han hablado de una especie de trastorno total en la estructura del gobierno ruso al asumir el mando Malenkov, han incurrido, evidentemente, en exageración. Sin embargo, no deja de ser sintomático que se haya vuelto a una situación muy semejante a la creada en 1941, cuando la URSS tuvo que hacer frente a la invasión alemana. En cierto modo, pues, la situación actual es estimada tan difícil como la de los días de la guerra.

El XIX Congreso del Partido, celebrado en Moscú el año pasado, había reemplazado al Politburó y al Orgburó, de 10 miembros cada uno, por un solo organismo: el Presidium, con 25 titulares y 10 suplentes, número este, sí, que fué determinado por decisión del Comité Central. Este ha vuelto sobre su decisión reduciendo drásticamente ese número a 10 titulares y 4 suplentes. Esos 10 titulares son, por orden de importancia: Malenkov, Beria, Molotov, Vorochilof, Kruchtchev, Bulganin,

Kaganovich, Mikoian, (todos los cuales eran miembros del Politburó anterior), y dos hombres nuevos: Saburov y Pervoukhine. Kruchitchev, de acuerdo con el escalafón anterior, estaba en el décimo lugar, y ahora ha pasado al quinto. En realidad, su importancia es aún mayor, pues Vorochilof queda encargado de las funciones más bien decorativas de "Jefe del Estado" que tenía Svernik y Molotov, que está enfermo, desempeña el cargo importante, pero muy circunscrito, de Ministro de RR. EE. De esta manera, Kruchitchev queda en realidad inmediatamente después de Beria, con la ventaja sobre éste de ser el único, junto con Malenkov, que pertenece, a la vez, al Presidium y al Secretariado del Partido.

Pero, en cambio, Kruchitchev no está incluido entre los cinco miembros del Politburó que, contra el temperamento adoptado en los últimos tiempos, han vuelto a asumir responsabilidades directas de gobierno, estableciendo de nuevo una ligazón bien estrecha entre el Partido y la máquina del Estado. Esos 5 miembros del Politburó del Partido que tienen a la vez puestos claves del gobierno son: Beria, a cargo de los asuntos internos; Molotov, de los exteriores; Mikoian, del comercio; y Bulganin, de la guerra, aparte, naturalmente, del propio Malenkov.

Con la vuelta de Molotov al ministerio de Relaciones Exteriores no sólo se coloca a un antiguo bolchevique de prestigio en el equipo de gobierno sino que se desplaza a Vishinsky, cuyas actitudes le habían valido la animadversión especial del Departamento de Estado, por un hombre que encuentra menos resistencia y podrá seguir, por su pasado, una política menos "dura", eventualmente al menos.

Esta es una conclusión que podría sacarse a este respecto. Otra es que la reorganización operada, que marca un retroceso en la evolución iniciada y consagrada por el último Congreso del Partido, indica que Stalin falleció antes que lo que se esperaba en el Kremlin, por lo cual no alcanzaron a estabilizarse las reformas que se quería implantar. Esto no quiere decir que el Kremlin haya quedado colocado a la defensiva, pues, por otra parte, el sistema ha demostrado funcionar con la expedición necesaria para que la sucesión se operara sin dificultades.

Pero si éstas no han sido inmediatas nadie puede asegurar que ellas no se produzcan en un futuro más o menos cercano, cuando se vayan operando los inevitables reajustes internos. Malenkov aparece como el representante de la "Smena", la generación de reemplazo de aquélla que hizo

la revolución, y el continuador de la política de Stalin de realizar el socialismo en un solo país. Esta tarea, sin embargo, se complica para Malenkov porque no tiene ni con mucho el prestigio adquirido por Stalin a lo largo de casi un cuarto de siglo de endiosamiento sistemático después de un novelesco pasado revolucionario. Un pasado de burócrata comunista no es, por cierto, tan apto para seducir la imaginación de las masas, y tampoco posee Malenkov ningún prestigio doctrinario, de modo que se hará un tanto lento o difícil llegar a hablar del marxismo-leninismo-stalinismo-malenkovismo. Malenkov, con este handicap, debe enfrentar un problema que a Stalin no se le presentó, y es el de la existencia de un posible rival para el pontificado del comunismo mundial. En efecto, Mao Tee Tung tiene todos los requisitos que le faltan a Malenkov para la jefatura del comunismo mundial y el desarrollo de China y la consolidación de su revolución, lo que está dentro del curso normal de los acontecimientos, tenderán a desplazar más y más hacia el Oriente el centro de gravedad del poder comunista. Dentro de la misma URSS, incluso, el comunismo había planeado un progresivo desplazamiento hacia al Este, como medida de defensa ante una Europa hostil. Es así muy posible que en los años por venir el poder comunista se vaya "asiatizando" más y más, lo que, a su vez, bien podría provocar un estímulo para el titoísmo en Occidente.

LA PAZ Y LA GUERRA: PALABRAS Y HECHOS

En Occidente se esperó con natural inquietud la formulación de las intenciones del nuevo gobierno ruso. La muerte de Stalin no sólo había creado una incógnita inquietante sino que ponía súbitamente de relieve la garantía —en cierto modo, al menos— que el viejo dictador significaba para la paz del mundo. En efecto, Stalin había actuado más bien como moderador de las tendencias helicosas o extremistas que se hacían presentes en el comunismo ruso. ¿Qué actitud adoptaría su sucesor, un hombre que no estaba amparado por el enorme prestigio de Stalin y necesitaba consolidar su flamante autoridad?

Junto a la tumba de Stalin, Malenkov proclamó la necesidad de continuar la tarea de fortalecimiento del Estado soviético a que el jefe desaparecido había consagrado su vida y agregó que "en la esfera de la política internacional, nuestra preocupación principal consistirá en no permitir una nueva guerra y en vivir en paz con todos los países. El Partido Comunista de la Unión Soviética

y el Gobierno Soviético consideran que la política internacional correcta, esencial y justa es la política de paz entre todos los pueblos, basada en la confianza mutua, que funcione y esté apoyada por hechos y que también esté confirmada por hechos".

Al día siguiente, 10 de Marzo, estas palabras eran conocidas por todos los pueblos de Occidente. Sin embargo, en los días que siguieron, una serie de graves incidentes aéreos hizo que ambos bloques se mostraran los dientes una vez más. Un avión inglés fue derribado y siete soldados de Su Majestad perdieron la vida. Un caza norteamericano fue derribado también y los aviadores de la U. S. A. F. recibieron orden de contestar el fuego en lo sucesivo, si eran atacados. En el cielo de Alaska, en donde rusos y norteamericanos son realmente vecinos, un aeroplano de los Estados Unidos contestó el fuego de dos MIG 15, y como medida preventiva, escuadrillas de cazas "Sabre" estacionadas en Inglaterra fueron trasladadas a solo minutos de vuelo de la frontera checoslovaca.

Todo esto sin perjuicio de que ambas partes prosiguieran en sus protestas de paz. Antes que Malenkov hablara, el nuevo Ministro de Relaciones Exteriores de la URSS, Molotov, había anunciado que ésta seguiría fomentando "la cooperación y los lazos comerciales con todas las naciones, contra la guerra y por la paz del mundo entero".

Por su parte, Eisenhower, después de presentar al gobierno ruso unas heladas condolencias por la muerte de Stalin, emplazó a Malenkov en términos parecidos a los que éste había usado en sus ofrecimientos de paz: que el deseo de ésta se demostrara por hechos y no por palabras. Toda aproximación de Rusia encontrará a los EE. UU. a medio camino, aseguró Eisenhower.

Semejante vaivén de protestas de paz encubre el mantenimiento de una tensión que se refleja hasta en hechos insignificantes, como el caso que alcanza a lo grotesco del pino caído justo en el límite de las dos Alemanias y que hubo de ser aserrado en dos mitales siguiendo la línea de la frontera, bajo la mirada vigilante de dos piquetes de policía armados de ametralladoras; o en el episodio protagonizado por el señor Cabot Lodge, jefe de la Delegación norteamericana en las Naciones Unidas, que dió un largo rodeo para no tener que estrechar la mano, así fuera por pura fórmula, del señor Vishinsky, que estaba repartiendo apretones de manos.

Pocos días antes de la muerte de Stalin, Prav-

da había advertido que la tensión mundial se agravaba por obra del nuevo impulso dado por los republicanos a la política de los Estados Unidos. Desde entonces acá nada ha ocurrido que contribuya a mejorar realmente la situación.

ACOMETIDA EN EL LEJANO ORIENTE

La URSS, por su lado, si da un paso que puede interpretarse como revelador de intenciones pacíficas, lo da para introducir un elemento de división entre los EE. UU. y sus aliados occidentales. Después que el avión Lincoln británico fue derribado en un acto que el Foreign Office calificó de "asesinato premeditado", el general Chuikov, jefe soviético en Alemania, propuso a los ingleses la celebración de una conferencia de representantes militares de ambos países para prevenir la repetición de tales "accidentes". A pesar de que los norteamericanos no fueran invitados a dicha conferencia, Churchill anunció en los Comunes que el ofrecimiento sería aceptado.

Como es sabido, la diplomacia británica tiene que alinearse forzosamente con la del Departamento de Estado y el mismo Churchill ha repetido en múltiples oportunidades que la unión de los dos países es necesaria como garantía de la paz mundial... y de la supervivencia económica de Inglaterra. Pero, por otra parte, es también evidente que los intereses de los dos socios no pueden calzar exactamente en todo el ámbito mundial.

El caso en que este desajuste se ha hecho más patente es en la política en el Extremo Oriente. El triunfo republicano ha traído desagradables sorpresas para los británicos. Lo que era presión cuando Dean Acheson ocupaba el Departamento de Estado equivale a la más exorable de las actitudes de Foster Dulles, que actúa y después... consulta.

Tal como se preveía, la diplomacia de los republicanos se ha colocado a la ofensiva en el Extremo Oriente. El retiro de la Séptima Flota de las aguas de Formosa ha dejado a Chang Kai Shek en situación virtual, al menos, de atacar el continente. Es dudoso, sin embargo, que cuente con fuerzas suficientes para ello y que la moral de sus tropas impida un desbande una vez desembarcadas en el territorio continental chino. Entre tanto, se van produciendo situaciones que pueden llegar a ser peligrosas y que, en todo caso, no le van a crear simpatías a los EE. UU., en el Lejano Oriente. En Birmania, toda una división nacionalista china, la 93ª, bajo el mando del general Li-Mi,

ocupa una parte del territorio, fronteriza con la provincia china de Yunnan, contra la cual incurrió. Esta ocupación del territorio birmano ha motivado la protesta del gobierno de Rangoon, que no quiere verse en dificultades con la China de Mao Tse Tung y ha obligado, finalmente a los birmanos a despachar una expedición en regla para desalojar a los chinos nacionalistas, que son aprovisionados por aire con materiales norteamericanos transportados por aviones norteamericanos al servicio de Formosa.

Luego, la sola idea del bloqueo de la China comunista ha provocado la protesta de los ingleses y otras dificultades en Asia. El marqués de Reading, funcionario responsable del Foreign Office declaró que "imaginaba" que la flota de Su Majestad prestaría la debida protección a los barcos mercantes de Gran Bretaña y sus colonias que comerciaban con China. Sin embargo, Mr. Eden ha tenido que quejarse públicamente, también en los Comunes de que los mercantes ingleses han sido detenidos decenas de veces para ser sometidos a revisión, en tanto que el gobierno de Washington extrema la presión para hacer más estricta la aplicación de los acuerdos de la NU en orden a prohibir el envío de materiales estratégicos a China. En su reciente visita a Washington, Mr. Eden no parece haber conseguido gran cosa en este terreno y así el gobierno puede seguir ofreciendo blanco a los ataques laboristas, que clavan banderilla tras banderilla denunciando casos en que la intervención norteamericana impide el desarrollo del comercio inglés en Oriente. Hechos semejantes contribuyen, sin duda, al fortalecimiento del "bevanismo" dentro del Partido Laborista y no hacen

sino socavar las posibilidades de un mantenimiento indefinido del completo acuerdo anglo-norteamericano.

Por otra parte, en la zona misma del Lejano Oriente, lo ocurrido con Ceylán no puede más que enajenarle simpatías a la causa de la democracia si ésta se identifica con la política oriental del Departamento de Estado. El gobierno cingalés ha hecho formal protesta de que "hace suyas y continuará haciendo suyas las aspiraciones del mundo democrático occidental", a pesar de lo cual le venderá toda su producción de caucho —material estratégico— a la China comunista, a cambio de arroz. La razón de tal acuerdo, que regirá por cinco años, es que los norteamericanos se negaron a comprar el caucho que le ofrecían los cingaleses a un precio que estaba dentro de límites comerciales, y ofrecieron, en cambio, pagarlo a un precio más bajo, el que regía en Singapur. Lo desagradable del asunto fué que al mismo tiempo se pagaba a los productores de Siam —país enteramente plegado a la línea del Departamento de Estado— el precio que se negaba a los cingaleses. Queda ahora por ver la actitud que asumirán los británicos, a quienes el gobierno de Ceylán ha pedido el apoyo de sus barcos de guerra para los mercantes en que se envíe el caucho a China. Inglaterra ha prohibido la venta del caucho malayo a Mao Tse Tung pero el gobierno de Ceylán tiene la autonomía de todo miembro del Commonwealth y el deseo que manifiestan todas las naciones asiáticas de la Comunidad por comerciar con China puede servir de argumento al gobierno de Londres frente al Departamento de Estado.

Los LIBROS

ROMAN CALVO, el Sherlock Holmes chileno, por Alberto Edwards.—Editorial Del Pacífico S. A. — Santiago, 1953.



Román Calvo, en el Santiago de allá por 1912, era "un jovencito moreno, pequeñito, flaco, de ojos negros, penetrantes y de mirar incierto"... Quizá aún viva, convertido en un viejito casi septuagenario, de ésos que inclinados trabajosamente sobre sus propios lentes suelen verse en la Biblioteca Nacional descifrando curiosos libros de genealogía. Pues Román Calvo era aficionado a la genealogía, a la entomología y muchas cosas más. Sabía de todo y por eso podía descubrir criminales o hallar la pista de embrollados asuntos. Sus razonamientos eran lógicos y terminantes, basados en hechos concretos, en un espíritu no exento de picardía y, en todo caso, en un profundo conocimiento de la psicología y las costumbres de sus compatriotas. Las cosas que don Alberto Edwards no podía decir en sus serios y meditados artículos sobre Hacienda Pública o sobre "La Fronda Aristocrática" en "El Mercurio" de Santiago, las puso en boca de Román Calvo y de su amigo Miguel de Fuenzalida, nombre de fantasía con que disfrazó el suyo para no desacreditarse como autor de historias policiales, igual que ahora lo hacen algunos profesores de universidades inglesas.

Pero, como se advierte en el prólogo de esta selección de las mejores hazañas de Román Calvo, era éste y no Fuenzalida la proyección del autor. Como Edwards, Román Calvo era una verdadera enciclopedia. Hasta los clientes del famoso detective eran versados en alguna ciencia. Uno de ellos, un tal Fernando Pérez, sabía tanta estadística como el Director General del Servicio que fué don Alberto Edwards. Se trataba de ubicar el nacimiento de un tal Antonio Pérez, venido al mundo en España: "¿Has calculado cuántos Antonio Pérez nacen anualmente en España? Es una estadística curiosa. De los españoles, dos y un décimo por ciento llevan el apellido Pérez. Hacia 1790 nacían en España unos 250 mil varones, de los cuales, por lo tanto, más de cinco mil eran Pérez... El nombre de Anto-

nio es tan frecuente que puede calcularse en 4% los varones que así se llaman... Total, 200 Antonio Pérez por año, o sea, en ocho años, mil seiscientos..." Y sin embargo, Román Calvo dió con la pista de Antonio Pérez, como acertó la charada que ocultaba el secreto del "Tesoro y la viudita", dió con el malhechor del "Despojo Sangriento" y con la ingeniosa combinación de los que manejaban "La Secretísima". Este es quizá el de más mérito de los seis relatos que forman el libro, no tanto por el aspecto "policial" sino por la sátira contra el parlamentarismo y algunas costumbres políticas chilenas y varios perdurables aspectos de la psicología de los "políticos".

Estas hazañas de Román Calvo se fueron publicando en esa excelente revista que fué "Pacífico Magazine". Aparecían ilustradas por Pedro Subercaseaux y Arturo Gordon. De entonces acá la técnica del cuento policial ha evolucionado mucho, es cierto, y la popularidad del género ha crecido enormemente. Sin embargo, y salvo excepciones rarísimas y aisladas, en Chile no han vuelto a escribirse cuentos policiales ni se ha creado un personaje capaz de parangonarse con Román Calvo, que fué de talla para medirse con Sherlock Holmes, aquella vez que el famoso detective inglés, acompañado del Dr. Watson, llegó a Santiago por el asunto del asesinato de Rufino Palacios. También es cierto que los lectores de aquella época no eran como los de ahora, cuyos conocimientos técnicos y penetración psicológicas les permiten descubrir al asesino desde el primer capítulo y que, con todo, siguen leyendo hasta el final, para descubrir que, conforme a la regla invariable, el asesino era otro, es decir, el más inocente de todos los personajes.

Sin embargo, de su técnica sencilla, los cuentos de Edwards se leen con real interés; el diálogo es ágil, la intriga, verosímil, y las deducciones están perfectamente encadenadas. Pero, sobre todo, los hace simpáticos el hecho de que estén cuajados de alusiones a personas, cosas y costumbres chilenas. Por otra parte, ellos revelan un aspecto hasta ahora casi completamente desconocido de la obra y la personalidad de uno de los más notables escritores de nuestro país, el único, en realidad, que hasta ahora ha podido aliar en forma tan feliz las cualidades de un pensador profundo y de un cuentista con imaginación y fantasía. Aunque no sea sino por eso merecen ser conocidos.

CLUB DE LECTORES DEL PACIFICO

Hágase socio de este Club, organizado por la Editorial Del Pacífico S. A., lo que le permitirá adquirir en forma rápida y en condiciones muy favorables los libros que publica esa empresa.

Los socios del CLUB DE LECTORES DEL PACIFICO disfrutan, entre otras, de las siguientes ventajas:

Adquieren los libros a un precio especial, inferior al de venta al público.

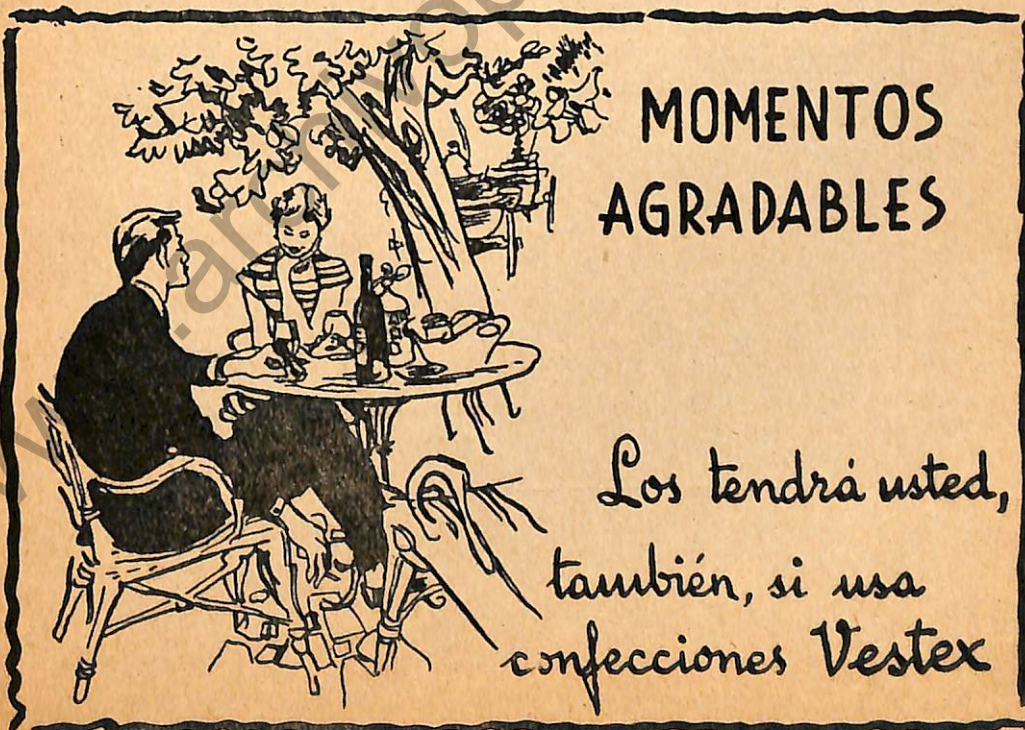
Reciben los libros en el lugar que indiquen, sin recargo alguno por su envío.

Adquieren los libros de mayor categoría y calidad que se publican en Chile, sobre las materias más diversas.

Pida informes y antecedentes al

CLUB DE LECTORES DEL PACIFICO

Ahumada 57 — Casilla 3126 — Teléfono 89166 — Santiago.



ROMAN CALVO

el Sherlock Holmes chileno

por ALBERTO EDWARDS



El más notable de los personajes aportados por las letras chilenas al género de la literatura policial, que de tanta boga disfruta hoy en el mundo entero, es sin duda, ROMAN CALVO, el detective creado por la imaginación de Alberto Edwards, el autor de *La Fronda Aristocrática*. Emulo de Sherlock Holmes, criatura de Conan Doyle, ROMAN CALVO es genuinamente chileno y a través de él, su autor no sólo relata las más entretenidas aventuras policiales sino que hace la cintura y la sátira de muchos tipos y costumbres de nuestro país. Un libro que revela un aspecto inédito de uno de los más extraordinarios escritores de nuestro país.

\$ 160.—

EDITORIAL DEL PACIFICO S. A.

Ahumada 57 — Teléf. 89166 — Casilla 3126 — Santiago

Despachos contra-reembolso desde un libro.

E J E M P L A R : \$ 15.00

1º DE ABRIL DE 1959

Printed in Chile

Talleres Editorial Del Pacífico S. A.